

TRIDUO PASCUAL DE GS

El abrazo que te salva

*Triduo Pascual de Gioventù Studentesca
Rimini, 24-26 de marzo 2016*

*Huellas - Litterae Communions,
Texto original en italiano.
© Fraternità di Comunione e Liberazione
para los textos de Julián Carrón*

EL SALUDO DE JULIÁN CARRÓN

24 de marzo, jueves por la tarde

Alberto Bonfanti. Empezamos este gesto expresando nuestro agradecimiento a Pigi, que ha aceptado la invitación de Julián Carrón para predicar los Ejercicios, ya que este año José Medina no podía acudir a la cita con nosotros. Y también le agradecemos a nuestro amigo, Julián Carrón, que este año ha querido hacerse presente con nosotros desde el comienzo, mediante el mensaje que nos envía y que ahora os leo.

Queridos amigos: Es conmovedor que Jesús nos llame amigos.
¿Qué significa esto?

Amigo es alguien que ama mi vida, que desea mi cumplimiento, mi plenitud. Esta es la plenitud que quiero, que espero secretamente desde que el deseo de felicidad empezó a arder dentro de mí.

Sin embargo, a pesar de este deseo tan acuciante –lo grita cada fibra de nuestro ser–, ¡cómo nos cuesta secundarlo en la vida cotidiana! De hecho, a veces resulta tan hiriente que nos parece incluso que va en nuestra contra. Otras veces nos preguntamos si no sería mejor para nosotros que no fuese tan apremiante.

Todos sabemos por experiencia que no es fácil encontrar a alguien que viva a la altura de su propio deseo.

De igual modo, sabemos que sin la presencia de un amigo grande nos rendiríamos enseguida ante las urgencias de la vida.

Es precisamente en ese momento cuando se muestra con claridad el significado de la amistad de Jesús.

Sin un amigo como Jesús, que nos acompaña y nos sostiene, sería casi imposible no tirar la toalla. Por eso comprendemos la verdad de sus palabras:

«Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5); y entonces le decimos: «Sin ti no podemos hacer nada».

Lo que nos salva es su abrazo. Con Él a nuestro lado la vida es distinta, más plena.

Hasta qué punto le percibirían como amigo sus discípulos para responder a Jesús, como hizo Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68), solo tú tienes palabras que llenan la vida.

En este Año Santo de la Misericordia y en estos días en que celebramos la pasión, muerte y resurrección de Jesús os deseo que llegue a ser cada vez más vuestra la pregunta que brota en el corazón de quien es alcanzado por su mirada amiga: ¿Quién eres tú, Cristo, quién eres tú para no poder renunciar a ti una vez que te hemos conocido?

¡Feliz Pascua!

Vuestro amigo Julián

INTRODUCCIÓN, PIGI BANNA

24 de marzo, jueves por la tarde

«Él está aquí. Está aquí como el primer día»

(Ch. Péguy)

«¿DE QUÉ LE SIRVE A UNO GANAR EL MUNDO ENTERO SI SE PIERDE A SÍ MISMO?»

«¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?»¹ O como me escribe uno de vosotros: «¿Cómo es posible vivir sin perder la vida?». Ya a los catorce o quince años, uno puede darse cuenta de que, quizás, ha perdido demasiado el tiempo. Ojalá, dentro de dos días, no nos desperteremos dándonos cuenta de que se ha pasado el Triduo y nosotros hemos estado ausentes, de que el tiempo ha pasado y nosotros no hemos crecido. Por eso debemos pedir que se nos conceda tener la misma atención, la misma disponibilidad, la misma apertura de corazón y de razón, el mismo silencio colmado de afecto de María. No sabía qué pasaría después del anuncio del ángel, pero sabía bien que no quería perder el tiempo, sabía que quería adherirse con todo lo que era a ese anuncio. Tampoco nosotros sabemos qué pasará, pero sabemos que queremos estar presentes y estar aquí en primera persona. Por eso, con ella, repetimos: «Hágase en mí según tu palabra».

Ángelus

Doy la bienvenida a todos, sobre todo a los que llegáis desde más lejos, por el sacrificio que habéis hecho y porque no queréis perder tiempo. Ninguno de nosotros quiere perder el tiempo. Ninguno de nosotros quiere ser infeliz. ¡Cuántos dicen que quieren vernos contentos, felices! Pero, ¿cuántos consiguen hacernos felices, verdaderamente contentos? Muchos creen saber cuál es nuestra felicidad, pero a veces nos presentan una cuenta muy cara, demasiado cara, incluso antes de enseñarnos el camino hacia la felicidad: «Mira, serás feliz sólo si haces lo que yo te digo, si te portas de esta manera, si me obedeces, si repites lo que yo te digo, si me sigues...». Podríamos proseguir con el listado, pero la felicidad no se encuentra tan a menudo. Amigos, no me estoy refiriendo sólo a lo que nos dicen los padres o los profesores, sino también a lo que

¹ Lc 9,24.

nos decimos a nosotros mismos. A veces, también entre nosotros, aparecen fórmulas que hay que respetar. ¿Para qué? Para que, de esta manera, seamos felices, seamos más amigos. Pero, ¿cuántos amigos de verdad tenemos? ¿Cuántos logran comprendernos? Todos dicen que nos conocen bien, ¿pero quién nos entiende de verdad? ¿Quién es capaz de comprendernos verdaderamente?

Esto sucede porque, como dice una poesía de Emily Dickinson, existe una «intimidad polar»² en cada uno de nosotros. O porque, como dice el escritor Alessandro Baricco, «tú eres infinito»,³ tú eres un misterio infinito, y por eso nadie te puede abarcar del todo. Esta mañana me he ido a dar un paseo por la playa de Rimini y he visto un mar en tempestad (luego en el curso del día el mar se ha ido aplacando), un mar verdaderamente bravío, que los rompeolas colocados a cien metros de la playa no lograban contener; y pensaba: cada uno de nosotros es como este mar en tempestad, infinito, incontenible. Por eso muchos no logran comprendernos, y también nosotros tratamos de poner nuestros rompeolas para contenerlo. ¿Cuál es el resultado de nuestro esfuerzo? A veces, como la espuma de las olas que se estrellan en la roca, explotamos con rabia contra nosotros mismos. Como dice Nietzsche: «Esta inclinación, este impulso hacia lo verdadero, lo real, lo no aparente [...] Ya no los soporto»,⁴ ¿cómo los odio! Nuestra rabia explota como una ola que se rompe contra la roca. Otras veces somos más “blanduchos”, “desinflados” (tenemos miedo incluso de decir: estamos deprimidos), agotados como el agua estancada que se queda en la orilla después del romper contra las olas. Pero, deprimidos o enfadados, en ningún caso logramos contener ese mar infinito que es cada uno de nosotros. Ninguno de nosotros puede abarcar el deseo infinito que lleva dentro.

Como nos ha escrito Julián en su mensaje, «a pesar de este deseo tan acuciante –lo grita cada fibra de nuestro ser–, ¿cómo nos cuesta secundarlo en la vida cotidiana! De hecho, a veces resulta tan hiriente que nos parece incluso que va en nuestra contra. Otras veces nos preguntamos si no sería mejor para nosotros que no fuese tan apremiante». Exasperadamente presun-

2 «Hay una soledad del mar,/ una soledad del espacio,/ una soledad de la muerte./ Y no obstante parecen compañía/ comparadas con ésta más profunda/ –intimidad polar,/ infinitud finita:/ la del alma consigo» (Cf. E. Dickinson, *Hay una soledad del espacio*, n. 1695).

3 A. Baricco, *Novecento*, Feltrinelli, Milán 1994, p. 56.

4 Cf. F. Nietzsche, *La gaia scienza*, in Id., *Le grandi opere*, Newton Compton, Roma 2008, p. 1214.

tuos y enfadados o aburridos y desinflados: todas son caras momentáneas de ese mar infinito que somos cada uno de nosotros; no son señal de que estamos mal hechos. Porque alguien que por primera vez se sintiera verdaderamente solo e incomprendido, alguien que por primera vez se sintiera verdaderamente impotente, precisamente en ese instante comenzaría a ser humano, a ser hombre; no estás mal hecho porque este fuego te queme dentro, sino que tienes este mar infinito e incontenible dentro porque eres verdaderamente humano. Como nos dice don Giussani: «Cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más cuenta nos damos de que no las podemos satisfacer nosotros mismos, ni tampoco pueden los demás, hombres igual que nosotros. El sentido de *impotencia* acompaña a toda experiencia seria de humanidad. Y es este sentido de impotencia lo que engendra la *soledad*. La soledad verdadera no proviene tanto del hecho de estar solos físicamente cuanto del descubrimiento de que nuestro problema fundamental no puede encontrar respuesta en nosotros ni en los demás. [...] Estamos solos con nuestras necesidades, con nuestra necesidad de ser y de vivir intensamente. Como una que está solo en el desierto: lo único que puede hacer es esperar a que alguien llegue. Y la solución no vendrá ciertamente del hombre; porque lo que se trata de resolver son precisamente las necesidades del hombre».⁵

Lo ha entendido muy bien uno de vosotros: «En la vida disfruto de muchas cosas, en el sentido de que tengo muchos amigos, pasiones, personas que me quieren. Pero lo más valioso que tengo es la hondura de mi humanidad, la capacidad de mirarme en lo hondo, siempre, continuamente, de tal manera que no logro mentirme a mí mismo. Lo que predomina en mi vida es la tristeza. Después de una Escuela de comunidad, de un encuentro, de una jornada, tengo siempre un fondo de tristeza. Nada me hace feliz del todo, ni siquiera por un momento. Y la conclusión a la que llego cada vez más a menudo es que no existe una felicidad para mí, una vía de salida para mí. ¿Entonces por qué, a pesar de encontrarme tan mal, no logro maldecir [como en cambio hace Nietzsche] mi herida constante y tirar por la borda esa hondura? Porque esa herida me engrandece, me hace más verdadero, me embarga de tristeza. Porque es la única verdad de mi vida». Si pudiera ahora mismo abrazaría a este amigo nuestro, porque ha dicho una cosa grandiosa: esta hondura infinita que grita dentro de nosotros, este mar

5 L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 61.

incontenible, esta pobre voz que grita pidiendo la eternidad, que pide que el amor le conceda vida es la única verdad de nuestra vida.

Cantemos juntos *Povera voce*.

Povera voce

«A VOSOTROS OS LLAMO AMIGOS»

Esta tarde la Iglesia recuerda aquella tarde, la última tarde en la que Jesús pronunció estas palabras: «A vosotros os llamo amigos». ⁶ Escuchamos sólo algunas de las palabras que unos años después el evangelista Juan ha anotado de aquella cena: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros». ⁷

¿Qué quiere decir que los llamó amigos? Si hubiera preguntado a Pedro, Juan, Andrés, a Felipe, sentados aquella tarde alrededor de una mesa: «¿Qué quiere decir que no os he llamado siervos sino amigos?», nos habrían empezado a contar cómo, desde la primera vez, se habían sentido preferidos, elegidos, queridos por Jesús como por ningún otro. Quizás ellos también habrían dicho, con el cantante Kaos One: «Cada mirada tuya, cada frase: cosas preciosas», ⁸ habrían dicho de Jesús: «En medio de la oscuridad caminas conmigo, tú has dado una perspectiva a mi vida». Cosas preciosas: cada mirada Suya. ¿Por qué? Porque él les había despertado, había empezado a quererles, había empezado a amar aquel deseo infinito que eran, y ante el que siempre intentamos oponer ciertos rompeolas. Con Jesús no hacía falta contener ese mar con rompeolas, no hace falta aparentar que estamos bien, tampoco hace falta tener que ocultar

⁶ Jn 15,15.

⁷ Jn 15,15-17.

⁸ «En medio de la oscuridad caminas conmigo, / tú eres el motivo de mi supervivencia porque / has dado una perspectiva a mi vida hasta que / mis lágrimas rojas no caerán sobre el asfalto. / Veré tu rostro, sabré por qué me has elegido. / En medio de la oscuridad caminas conmigo, / tú eres el motivo de mi supervivencia porque / has dado una perspectiva a mi vida hasta que / mis luchas se habrán acabado. / Cada mirada tuya, cada frase: cosas preciosas» (Kaos One, *Cosas preciosas*).

que estamos enfadados o cansados, porque él mira siempre el mar infinito que somos. Como nos recuerda Julián: «Sin la presencia de un amigo grande nos rendiríamos enseguida ante las urgencias de la vida». O como cuenta otro de vosotros, que describe qué significa encontrar a un verdadero amigo: «Lo que sigue atormentándome y sacudiendo con fuerza mi corazón es que delante de la realidad, toda tan maravillosa, toda tan puramente regalada, yo siento dentro de mí un vacío abismal. Y llevo en mí una herida, un drama hiriente en el corazón, porque el cielo no me basta, mirar al chico del que estoy enamorada no me basta, el abrazo fraternal de mis amigos no me basta. Nada colma mi corazón (;nada!), sigue constante y violenta la exigencia de “algo distinto”, al que no puedo dar un nombre, pero que arroja en mi corazón una nostalgia que me rasga el pecho, que me hace llorar hasta el agotamiento cuando por la noche caigo rendida en la cama. Pero yo estoy segura, firmemente cierta, y hasta que no me arranquen el corazón del pecho yo seguiré con esta certeza: en ningún lugar, en ninguno, he sido acogida con esta pregunta que soy, en ningún lugar he encontrado personas, amigos, que me han mirado por lo que soy de verdad como en esta compañía. Por este motivo sigo apegada a mis amigos y acudo a los gestos de GS al 200%. Porque no podría ir a ningún lugar distinto donde pueda gritar esta pregunta que soy, esa súplica de “algo distinto”. Por eso sigo más que nunca, porque este es el único lugar donde me he sentido querida como soy de verdad, donde soy verdaderamente yo misma».

Este es el amigo: «Amigo es alguien que ama mi vida, que desea mi cumplimiento» –nos dice también Julián–, y no quien te suelta frases que tienes que repetir, quien te suelta un discursito que aprender de memoria. Si estamos aquí esta tarde es porque también nosotros, al igual que nuestra amiga, de alguna manera, hemos encontrado alguien ante el cual desaparecía nuestro miedo a ser simplemente uno mismo, ante el cual finalmente hemos dejado de sentir que estamos mal hechos. Este es el amigo. Una chica, después de participar por primera vez en la reunión de GS, el “radio”, escribió a su compañera de clase este mensaje: «En un mundo en el que todos te dicen “déjalo, no merece la pena”, vosotros decís “inténtalo”». Este es el amigo: uno que cree en ti. En el fondo, esta es la razón por la que yo estoy aquí ahora hablándoos: cuando tenía trece años y medio, por lo tanto a la edad de los más pequeños entre vosotros, me invitaron a una cena en casa de una profesora de religión de mi colegio, y así, entre pitos y flautas, dejé escapar una frase: «Yo pienso que no podemos fiarnos de nadie en este mundo». Dije exactamente esta

frase, con tan sólo trece años ya era cínico, ¡por lo tanto, no os asustéis! Y ella me dijo: «¡Formidable!». Empezó a discutir conmigo, a preguntar. Entonces pensé: «Yo he dicho una frase así, casi por casualidad, y ella está más interesada en mí que yo mismo». Estaba más interesada que yo por una cuestión a la que yo ya había dado carpetazo. ¿Comprendéis que esto significa encontrar a un amigo? Alguien para el que tu malestar, tu sentido de inadecuación, supone una riqueza. Y aunque todavía no entiendes nada, dices: pero qué gracia inesperada el que alguien haya venido a buscarme, que para alguien yo sea importante, como dice el canto que ahora escuchamos: «¡Gracia asombrosa! Cuán dulce el sonido que salvó a un desgraciado como yo».⁹

Amazing grace

«NADIE TIENE AMOR MÁS GRANDE QUE EL QUE DA LA VIDA POR SUS AMIGOS»

Dentro de unos minutos celebraremos la Santa Misa en memoria de la primera eucaristía, de aquella última cena que Jesús celebró con sus amigos.

Él se había convertido en su centro afectivo, lo habían dejado todo para seguirle y se acercaba el momento final. ¿Qué más podía hacer Jesús por sus amigos? Dar la vida por ellos, ofrecer Su cuerpo y Su sangre para que ellos pudieran ser, por fin, ellos mismos. El amigo verdadero es el que llega a dar su vida para que tú vivas, no para que pienses como él, sino para que tú seas. Como escribe Cesare Pavese: «¿Qué me importa de una persona que no esté dispuesta a sacrificarme toda su vida? [...] De quien no está dispuesto –no digo a sacrificarte su sangre, que es cosa fulmínea y fácil– sino a unirse a ti para toda la vida (es decir, a renovar cada día su entrega) no deberías aceptar ni un cigarrillo».¹⁰

Imaginemos que, después del terror de estos días por los atentados de Bruselas, un terrorista llega aquí y se planta en medio del pasillo. Todos estaríamos aterrorizados y si alguien, que se cree más valiente, se tirara encima para

9 «¡Gracia asombrosa! Cuán dulce el sonido / que salvó a un desgraciado como yo. / Estuve perdido, pero ahora me encontré; / estaba ciego, pero ahora puedo ver. // Fue la Gracia que le enseñó a mi corazón a temer, / y la Gracia mis miedos alivió; / qué precioso fue al aparecer esa Gracia / el momento en que creí por primera vez. // A través de muchos peligros, esfuerzos y enredos, que ya superé, / esta Gracia me ha traído a salvo, / y esta Gracia me llevará a casa. // El Señor me prometió su bien: Su palabra afianza mi esperanza. / Él será mi escudo y mi destino hasta el final de mis días» (J. Newton, «*Amazing grace*»).

10 C. Pavese, *El oficio de vivir*, (traducción de Ángel Crespo), Seix Barral, Barcelona 1992, pp. 86, 105.

defendernos, no nos serviría para mucho. El terrorista se haría saltar por los aires de todas formas, porque para él su vida tiene sentido si obtiene tu muerte, está dispuesto a morir con tal de matarte. Y cuantos más nos lanzáramos contra él, tantos más moriríamos. Nuestro gesto no serviría de nada, ¡de nada! ¿Hay algo que podría servir de verdad? Sólo una cosa: que haya alguien dispuesto a dar su vida para que aquel terrorista viva, para que aquel terrorista se enamore de su vida. Esto es lo que ha hecho Cristo con cada uno de nosotros. Ha muerto para que nosotros tuviéramos vida, porque tenía una pasión tan grande por nuestra vida que aceptó entregar la suya por nosotros.

Como escribe Julián Carrón hoy en el *Corriere della Sera*: «Cristo [...] nos comunica esa energía sin la cual no podemos recobrarlos ni tomar el único camino para derrotar la violencia. La misericordia que nos vale a nosotros es la misma que necesitan también los demás. [...] “La misericordia [este amor dispuesto a entregar su vida para que el otro viva] es la única verdadera y definitiva reacción eficaz contra el poder del mal”».¹¹

En muchas de vuestras contribuciones habéis preguntado, a lo mejor después de una traición, o una desilusión amorosa, qué significa amar. Amar con coincide con lo que el otro te da, con el placer que te procura, con el estremecimiento o la alegría que te provoca un enamoramiento. Amar significa amar al otro también cuando te dice que no. Históricamente esto empezó sólo con Cristo: uno murió para que nosotros viviéramos. Escuchamos ahora un fado portugués, en el que una mujer enamorada dice al amado: «Si supiera, si supiera que muriendo tú me habrías de llorar, por una lágrima, por una lágrima tuya, ¡qué alegría!, me dejaría matar».¹² Si supiera que muriendo movería tu corazón de piedra, para obtener esa lágrima que por fin ablande tu corazón, yo entregaría mi vida por ti.

Lágrima

11 J. Carrón, «Sólo la misericordia es la verdadera respuesta ante el mal», *Corriere della Sera*, 24 marzo 2016, p. 35.

12 «Lleno de penas, lleno de penas me acuesto, / y con más penas, con más penas me levanto. / En mi pecho, ya se ha quedado en mi pecho / esta costumbre, la costumbre de quererte tanto. / Desespero, y dentro de mí, / dentro de mí el castigo. // No te quiero, digo que no te quiero, / pero de noche, de noche sueño contigo. // Si pienso que un día habré de morir, / por la desesperación que me produce el no verte / extendiendo mi manta, extendiendo mi manta en el suelo / y me dejo adormecer. // Si supiera que muriendo tú me habrías de llorar, / por una lágrima, por una lágrima tuya, / ¡Qué alegría!, me dejaría matar. (C. Gonsalves, fado portugués «Lágrima»).

Tratemos de identificarnos con los apóstoles que aquella tarde escuchaban a su Maestro decir que iba a entregar su vida por ellos. Escuchemos el Evangelio: «Como el Padre me ha amado, así os he amado y; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos».¹³

«Permaneced en mi amor». Para alguien que se descubre amado de esta manera, hasta el final, ¿cuál es el deseo más grande? El de no separarse nunca de un amor así. Fue así para la Magdalena. Don Giussani lo describe así: «Cuando se miraba al espejo, su fisonomía estaba dominada, determinada por esos ojos. Tenía dentro esa mirada, ¿me entendéis? Su rostro estaba plasmado por esa mirada».¹⁴ Él permanecía en ella; ella permanecía en Él. No quisiéramos separarnos nunca de esa mirada, como testimonió uno de vosotros: «Después de esa velada de cantos no me encontraba bien; me esforzaba por cantar, pero todo me resultaba ajeno. Quizás estúpidamente me fui, y este sentido de insuficiencia se hacía cada vez más acuciante [el mar impetuoso del que hablábamos al comienzo; ninguna clase de rompeolas que podáis oponer, puede amansarlo del todo, ¡gracias a Dios!]. Entonces hablé con un amigo mío, más grande que yo. Al cabo de toda mi explicación, él sale con un “Bueno, ¡me parece fantástico!” [¡He aquí el amigo! No quien te dice: “Tranquilo, se te pasará”, sino quien te responde: “Bueno, ¡me parece fantástico!”]. Pensé que había enloquecido. Pero, ¿cómo puede decir que le parece fantástico? ¿Cómo puede ser bello algo que hace que me sienta fatal? Ese “maldito” me había descolocado incluso antes de hablarme, ¡antes de darme una explicación! Luego añadía que Dios estaba apostando por mí. ¡Y mucho! Dios está lentamente alargando la medida de mi corazón para hacer que todo adquiriera un gusto nuevo. Todo aquello que antes me basta-

ba ahora me resulta insuficiente. Así, mi corazón, por muy efímero y mísero que sea, puede amar aún más a aquel Amor sincero que se renueva una y otra vez. Dios ha abierto de nuevo mi herida para que yo vuelva a él. ¡Vaya si está apostando por mí! Podría perfectamente mandar todo a la mierda y largarme. Pero no quiero. Yo quiero volver a él. No quiero separarme nunca de él». Alguien que abre de nuevo tu herida es alguien que te quiere, que asume el riesgo de que tú te largues, con tal de que, por fin, tú mires de frente esta herida, con tal de que dejes de pensar que estás mal hecho.

¿Cómo abandonar a Alguien que está dispuesto a dejarnos ir, que está dispuesto a dejarse matar por nosotros, que está dispuesto a apostar todo por nuestra libertad, para que podamos ser por fin nosotros mismos, con tal de que ese mar impetuoso salga a la luz, con tal de que descubramos que esta herida es nuestra riqueza? Luego este amigo nuestro sigue, y escribe una poesía bellísima que os voy a leer. Cuando una persona escribe una poesía, cuando escribe una canción, quiere decir que lleva dentro esa presencia amiga, que esa presencia amiga que te ha alcanzado llega a plasmar incluso tu creatividad: tú permaneces en ella y ella permanece en ti. Está claro, que influya en tu manera de utilizar el dinero ya es mucho, porque me ha llamado la atención que algunos de vosotros hayáis pedido ayuda económica a vuestros amigos con tal de poder venir aquí, discutiendo incluso con vuestros padres. Esto significa que os apremiaba de verdad, que es algo que os importa de veras. El hecho de que esa presencia amiga influya en tu creatividad es aún más significativo, porque indica que realmente te ha cautivado. Esta es la poesía: «Abandónate en los brazos de quien te ha dado todo. / Vuelto a levantar por una luz más alta, pero que brota de la misma fuente, serás un alma cansada, un alma gozosa en los brazos de Aquel que ahora es para ti. / Descansa alma deseante / Despierta donde todo es claridad / Donde todo tiene su respuesta y donde el rostro de los que más amas se asienta en el Amor del corazón del Padre / Ahora / Hoy / Como hace dos mil años».

Hoy como hace dos mil años: este amor, que se entrega hasta el final para darnos vida, nos alcanza ahora. Así concluye su mensaje Carrón: «Lo que nos salva es su abrazo. [...] ¿Quién eres tú, Cristo, quién eres tú para no poder renunciar a ti una vez que te hemos conocido?».

Queremos permanecer en la ola que levantó aquella tarde el gesto de Cristo, en la ola que emerge desde ese mar infinito que somos y nos alcanza esta tarde aquí, ahora. Por ello, esperando con recogimiento la Santa Misa, cantaremos

¹³ Jn 15,9-13.

¹⁴ «La Magdalena miró su vida –en detalle y en su conjunto– dentro de aquella mirada a la que no acompañó ni una sola palabra hasta días más tarde... Ella no podía ver su vida, no podía sentirla, no podía vivirla si no dentro de aquella mirada» (L. Giussani, *Del temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, p. 12).

un canto que dice lo mismo que nuestro amigo ha expresado en su poesía: aquí junto a ti, Señor, quiero quedarme; quiero quedarme contigo, no quiero irme a ninguna otra parte, porque si me voy de tu lado, ¿dónde podré ser yo mismo?

Luego esperamos en silencio la misa. ¿Qué quiere decir «en silencio»? Si después de enamorarte de una chica, ella te mantiene en vilo un mes, dos meses, si te hace esperar para darte una respuesta y, al cabo de dos meses, te dice: «¿Salimos esta tarde?»; os veis y empezáis a hablar: «¿Cómo te va el estudio?», luego el discurso se hace más serio: «Respecto de lo que me comentaste hace dos meses, lo he pensado y quería decirte...». En ese instante suena el móvil. ¿Quién es? ¡Tu madre! Mi madre, ¡¡ahora!! Quisieras apuñalar tu pierna para acallar el móvil, quisieras agarrar el móvil y tirarlo por la ventana porque esa chica iba a decirte que piensa de ti, iba a darte una respuesta. Bien, en estos días en los que Cristo está entregándose por nosotros, ¿no queremos de la misma manera estar todos pendientes de él, para captar su respuesta, lo que nos dirá, sin que ninguna otra llamada nos moleste? Este es el silencio. Tiene sentido hacer silencio, sólo si alguien tiene algo que decirte. Pero si tú no esperas nada, entonces es mejor perder el tiempo. Por tanto, en silencio, esperemos el comienzo de la misa. Cantemos *Aquí, junto a ti*.

Aquí, junto a ti

HOMILÍA DE DON PIGI BANNA

«Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo».¹⁵ ¿Es posible amar «hasta el extremo»? O, lamentablemente, todo amor está destinado a agotarse, está condenado a fenecer? También para ellos se acercaba el final de la historia más hermosa de su vida. Parecía que todo estuviese destinado a acabar. Uno de ellos lo había incluso traicionado y Jesús les había dicho que la hora de su muerte se acercaba. Era el final. También este amor, que parecía eterno, estaba destinado a acabar.

¿Qué habríamos hecho nosotros en aquella cena? A lo mejor, habríamos intentado no pensarlo mucho. Nos habríamos quedado ahí comentando que de todas formas había sido una historia bonita –los milagros, sus palabras, la gente–, tratando de no pensar en ello. O, a lo mejor, habríamos

¹⁵ Jn 13,1-5.

intentado decir que ya sabíamos que de Judas no podíamos fiarnos. Nos habríamos extraviado en polémicas inútiles y estériles. O simplemente nos habríamos quedado callados. No habría sido la clase de silencio que se nos pide en estos días, sino ese mutismo del que se siente inútil en ese momento.

Sin embargo, «sabiendo Jesús que había llegado su hora [...] habiendo amado a los suyos [Él no se pierde en menudencia y ¿qué hace?] [...] los amó hasta el extremo», es decir, no permite que se ponga la palabra “fin” sobre esa relación, no les deja pensar “esto se acabó”. Los ama de un modo tal, hasta el extremo, de manera que esa relación dure para siempre, hasta el día de hoy. Toma en sus manos el pan, toma el vino y les dice: tomad, «este es mi cuerpo», «esta es mi sangre», «haced esto en memoria mía».¹⁶

Desde hace dos mil años hasta el día de hoy, hasta esta tarde, hacemos esto en memoria Suya. Al repetir sus gestos, Él se hace presente en medio de nosotros con Su cuerpo y con Su sangre. De esta manera los amó hasta el extremo, hasta el día de hoy, hasta siempre; encontró la manera de permanecer presente en el mundo. Y también esta tarde, aquí, entre nosotros. Por ello celebramos la Santa Misa esta tarde, y no por una formalidad. Celebramos la Misa porque aquella mirada que ha alcanzado a ese chico y a esa chica de los que hemos leído las cartas, aquella mirada que me ha alcanzado a mí, que te ha alcanzado a ti, que se ha inclinado sobre nuestros límites, tiene un origen: aquella tarde, cuando Él amó hasta el extremo, instituyendo la Eucaristía. Sin aquella cena no existirían esas miradas que nos alcanzan hoy. Sin aquella tarde no habría nada entre nosotros. Por eso ahora, celebrando la Misa, entendemos por qué se consumió esa cena aquella tarde: para que fuera posible que entre nosotros aconteciera lo mismo y Él nos amara hasta el extremo.

Te ama hasta el extremo, todavía hoy pone delante de ti a una persona que se inclina para lavarte los pies, que se inclina para escuchar lo que de ti mismo ni siquiera tú quisieras escuchar. ¿Nos dejaremos lavar los pies por una compañía que nos alcanza hoy haciendo presente la misma mirada, los mismos gestos, las mismas palabras de Jesús que te ama hasta el extremo?

¹⁶ Cf. 1Cor 11,23-26.

LECCIÓN, PIGI BANNA

25 de marzo, viernes por la mañana

«¿De qué sirve la vida si no es para darla?»

(P. Claudel)

«¿Y de qué sirve la vida si no es para darla?». ¿Pero a quién merece la pena entregar nuestra vida? «Si mi padre y mi madre me abandonan...», hemos rezado con el Salmo (*Sal 27,10*). ¿A quién entregarse entonces? ¿Existe un abrazo que no nos abandone? El Salmo continúa: «el Señor me recogerá». El Señor me ha buscado allí donde sólo había abandono, cuando me encontraba perdido en la nada: «El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros». ¿A quién entregar nuestra vida si no es a Cristo, que se rebajó, se humilló asumiendo nuestra carne humana, hasta dar su vida por nosotros, con tal de darnos vida?

Angelus

«AHORA MI ALMA ESTÁ AGITADA»

«Ahora mi alma está agitada», turbada.¹⁷ En todo el día de hoy tendremos delante esta turbación de Jesús, esta angustia que experimentó Cristo. Él miró a la cara el vacío y el abandono que todos conocemos muy bien, los experimentó en su carne antes que tú y yo. Identifiquémonos en esta jornada con este gran compañero de camino, escuchando la descripción de esa lucha terrible que Él libró en el huerto de los olivos.

«Jesús les contestó: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. Ahora *mi alma está agitada*, y, ¿qué diré? “Padre, líbrame de esta hora”. Pero, si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre».¹⁸

«Ahora *mi alma está agitada*». De pie, escuchemos el canto, el ruego de María que sufre. Tratemos de identificarnos con el sufrimiento de María.

¹⁷ Jn 12,27.

¹⁸ Jn 12,23-28.

Es la mejor manera de adentrarnos en la comprensión del sufrimiento de Cristo. Y según discurren las palabras del canto, asociemos nuestro miedo, nuestro temor, nuestro sentido de vacío y de abandono, al temor, al miedo, a la angustia que también experimentó Cristo.

Ognun m'èntenda

En la noche entre el Jueves y el Viernes Santo, Cristo sufrió su agonía. La palabra «agonía» quiere decir lucha. ¿Luchó contra quién? Libró su lucha, como os decía antes, contra el sentido de vacío y de abandono, ese mismo sentido de vacío y de abandono de que muchísimos de vosotros han escrito en las contribuciones que me habéis enviado. La noche anterior todos sus discípulos estaban dispuestos a dar su vida por él, todos estaban conmovidos por lo grande que era su figura de hombre, de Mesías. Pero pocas horas después, él se quedó solo; mientras Judas le vendía por unas pocas monedas, Pedro, Santiago y Juan no podían quedarse despiertos, velar unas horas con él. Uno lo traiciona, otro reniega de él, otro escapa. Y él se queda solo.

Ser abandonado es quizás lo más terrible que a uno le pueda tocar en la vida. Con tal de que no nos abandonen estamos dispuestos a hacer cualquier cosa; con tal de recibir una mirada de afecto, de ternura, de interés verdadero por nosotros, a veces estamos dispuestos a vendernos al mejor postor. Con este fin, a veces, repetimos lo que no pensamos de verdad, aceptamos vestirnos como no nos gustaría, pronunciamos frases que dicen otros sin estar plenamente convencidos, con tal de no nos alejen del grupo, con tal de que no nos dejen solos. Delante de unos mostramos una cara, delante de otros otra, nos cambiamos de chaqueta según convenga, como dice Carrón: «De hecho, es como si cada cual se sometiera a lo que de él se espera en cada circunstancia, de manera que en el trabajo asumimos un rostro, con los amigos otro, en casa otro distinto, etcétera. ¿Cuándo somos verdaderamente nosotros mismos? ¿Cuántas veces uno siente que se ahoga en la vida cotidiana, sin tener la menor idea de cómo librarse, esperando simplemente que las circunstancias cambien por sí mismas o por nuestros intentos de cambiarlas! Al final nos quedamos bloqueados, anhelando una libertad que nunca llega».¹⁹ Nos ponemos una careta en la escuela, otra el sábado por la noche, otra con los amigos de GS, una máscara con los compañeros de clase. ¿Por qué? Porque

¹⁹ Cf. J. Carrón, *La bellezza disarmata*, Rizzoli, Milán 2015, p. 181.

no queremos que nos abandonen, no queremos que nos dejen solos. Como dice este pasaje musical que muchos conocéis y escucháis: ¿estás solo jugando conmigo o seguirías a mi lado siempre? «Dime, ¿morirías por mí?».²⁰

Cuando alguien nos encandila nos volcamos, cuando nos atrae y empezamos a creer en él, entonces empezamos a entregarnos, a darle más de lo que ella nos pedía, tememos perderla y nos entra un miedo terrible de que esta persona nos abandone, nos traicione. Hacemos lo que sea para evitar esa orfandad, ese vacío que nos asalta cuando somos abandonados: nos sentimos agobiados, humillados y desterrados. Como escribe Dostoievski, tras haber estrangulado nuestra libertad, con tal de no ser abandonados, acepta quedarse «en un perfecto aislamiento».²¹

20 «Vamos al grano, / todo lo que quiero es a alguien real que no pretenda mucho, / una chica en la que pueda confiar, / que siga aquí cuando vaya faltando el dinero. [...] / Chica, necesito saberlo. / Ahora, dime, ¿de verdad seguirías a mi lado? / Niña, dime, ¿morirías por mí? / ¿Gastarías tu vida conmigo? / ¿Estarías siempre allí a mi lado? / Si te mostrase mis defectos, / si no pudiese ser fuerte, / dime sinceramente, / ¿todavía me querías igual? / Dime, dime, ¿querías tenerme? / Dime, dime, ¿me llamarías? / [...] / Dime, dime, ¿me necesitas? / Dime, dime, ¿me quieres? / O ¿estás solo jugando conmigo?» (R. City feat. Adam Levine, *Locked Away*).

21 Cf. «¿El aislamiento humano?», pregunté. «Sí. Hoy reina en todas partes y no ha llegado aún la hora de su fin. Hoy todos aspiran a separar su personalidad de las demás personalidades, gozar individualmente de la plenitud de la vida. Sin embargo, los esfuerzos de los hombres, lejos de alcanzar sus fines, conducen a un suicidio total, ya que, en vez de conseguir la plena afirmación de su personalidad, los seres humanos caen en la soledad más completa. En nuestro siglo, todos los hombres se han fraccionado en unidades. Cada cual se aísla en su agujero, se aparta de los demás, se oculta con sus bienes, se aleja de sus semejantes y aleja a sus semejantes. Amasa riquezas él solo, se felicita de su poder y de su opulencia, y el insensato ignora que cuantas más riquezas reúne, más se hunde en una impotencia fatal. Porque se ha habituado a contar sólo consigo mismo y se ha desligado de la colectividad; se ha acostumbrado a no creer en la ayuda mutua, ni en su prójimo, ni en la humanidad, y tiembla ante la sola idea de perder su fortuna y los derechos que ésta le otorga. Hoy el espíritu humano empieza a perder de vista en todas partes, cosa ridícula, que la verdadera garantía del individuo radica no en su esfuerzo personal aislado, sino en su solidaridad. Este terrible aislamiento terminará algún día, y entonces todos los hombres comprenderán que su separación es contraria a todas las leyes de la naturaleza, y se asombrarán de haber permanecido tanto tiempo en las tinieblas, sin ver la luz. Y en ese momento aparecerá en el cielo el signo del Hijo del Hombre», F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, (traducción de R. Ledesma Miranda), Edaf, Madrid 1991, p. 348.

Si de verdad os importa lo que estamos diciendo, no sólo durante los momentos de silencio que se os proponen, sino también en vuestros ratos de tiempo libre, con vuestros amigos, antes del almuerzo, de camino al pabellón, acercándoos al lugar de la *Vía Crucis*, retomad los textos recogidos en el cuaderno que tenéis en vuestras manos, identifícaos con la experiencia de un cantante o de un escritor, con lo que dicen de sí mismos, porque es así como aprenderéis también a estudiar. Partiendo de estas cosas, que son las más verdaderas, uno aprende luego también a identificarse con un texto de literatura del siglo XVIII que a lo mejor no le gusta.

Pero llegamos ahora a la pregunta cumbre, la que resume todas las demás: ¿existe alguien que jamás me abandonará? O, como escribe uno de vosotros: «¿Existe algo (una pasión, una amistad) que dure para siempre?». El miércoles, antes de partir para estos Ejercicios, uno de vosotros me dijo: «Sabes, tengo la tentación de no ir este año, porque ya sé que en el momento me entusiasma, pero luego todo se pasa, acaba». ¿Para qué entusiasmarse una vez más sabiendo que luego no dura? Ante esto, nos echamos para atrás, queremos evitar la desilusión, la experiencia de perder, de que nos dejen. Mirémoslo bien de frente: ¿y si también GS, y si el encuentro con Cristo también fuera –como apunta una de las cartas que os leí antes– una treta que luego nos defrauda, el mayor espejismo de mi vida, que luego me deja tirado? Esta es la duda que nos atenaza.

Giussani lo dice perfectamente, se insinúa en nosotros un interrogante: «¿Y si no fuera verdad?»²² Esta pregunta nos atemoriza. En palabras del poeta Eugenio Montale: percibo «la nada a mis espaldas, el vacío tras de mí,

22 «El miedo es el aliento de la nada de la que venimos y que se traduce, como dice el libro de la *Sabiduría*, en la exaltación de las mezquindades, las pequeñeces, las bajezas: la mezquindad del abrazo, la mezquindad de la posesión, la mezquindad de la apropiación indebida, la mezquindad de la ira, la mezquindad de la pereza. [...] Y así el mundo está todo impregnado de mentira, “el mundo yace bajo el poder de la mentira” (¡menos mal que Cristo mismo lo dijo!); la exaltación de lo mezquino erigido a norma, acaba siempre en catástrofe. La exaltación de lo mezquino que el mundo lleva a cabo –del sexo, de la política, del dinero, de la salud– acaba siempre en una catástrofe o personal (la destrucción del yo) o colectiva. (...) Se insinúa y toma la forma de esta pregunta: “¿Y si no fuera verdad?”» (L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo. 1990-1991*, BUR, Milán 2013, pp. 292-293).

con un terror de borracho».²³ Cobra forma el pensamiento de que todo sea nada, de que no haya nada que sea verdad y que dure, que todo esté destinado a suscitar una ilusión que luego se torna amarga desilusión.

Chicos, esta es la duda que tuvo también Judas. Él se había quedado prendado de Jesús, se había entusiasmado con él, pero luego la salvación, que Judas se esperaba de una determinada manera, no llegaba. Os leo como lo describe uno de vosotros: «He sentido siempre un cierto malestar en mis relaciones con las personas, me sentía inadecuada y extraña. Mis grandes preguntas las ocultaba con cuidado para que nadie las descubriera. Parece infantil decirlo, pero me sentía incomprendida. Hasta que, en primero de instituto, conocí el grupo de GS. Allí por primera vez respiré, por primera vez me sentía en casa. Ellos hablaban de todas esas preguntas que yo había aprendido a sofocar dentro de mí. Ya no estaba sola. Tenía más de lo que nunca hubiera soñado. Me salvaron la vida. Allí había personas que devoraban la vida disfrutando y yo tenía la suerte de llamarlos amigos [es todo lo que dijimos ayer por la tarde, resumido en diez líneas. Todo lo que dijimos: el Jueves Santo, el amigo, finalmente uno que me comprende]. Luego [este “luego” es la cuestión que estamos afrontando hoy], uno de ellos se alejó y comenzó a consumir drogas cada vez más frecuentemente. Se nos vino el mundo encima, entramos todos en crisis: ¿cómo es posible que alguien que ha encontrado en su vida algo tan grande y verdadero pueda luego abandonarla? Y, de verdad, que este chico no tiene un pelo de tonto. Entonces, quizás fue una ilusión lo que viví, me ilusioné con que fuera una realidad por fin grande y bella. No sabía cómo enfrentarme a este hecho, y sigo sin saberlo todavía. Lo he entregado todo por este lugar, pero me he quedado defraudada porque un dolor tan grande no lo he vivido nunca; es demasiado para mí. Me siento inadecuada para la vida, que me está pidiendo cosas que no alcanzo entender, y esto me está consumiendo. Cuando le planteo a alguien esta pregunta la respuesta es que sólo paso por un mal momento, que la mía es una edad difícil, pero a mí no me interesa vivir esperando un hipotético mañana mejor. Necesito un motivo para vivir ahora, si no, no me sirve».

23 E. Montale, «Quizás una mañana andando bajo un aire de vidrio, / árido, volviéndome, veré cumplirse el milagro: / la nada a mis espaldas, el vacío tras / de mí, con un terror de borracho», *Ossi di seppia*; citado en Riccardo Campa, *Montale y nuestro tiempo*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1988, p. 14.

Querida amiga, no creo que este sea un mal momento para ti. No es un momento feo, ¡jeste es tu momento! Porque este es el problema de la vida, y queremos mirarlo de frente: si todo “luego” acaba o si, por el contrario, podemos confiar en algo que dure para siempre. Es el momento de entender qué es lo que vale de verdad. Pero, ¡cuidado!, también cabe la posibilidad de que hagamos como Judas: de que nos asustemos por el sentimiento de abandono y por la desilusión, y huimos. Ante el miedo, ante nuestro límite, podemos huir, traicionar nuestra experiencia. Esta es nuestra traición: a veces escapamos; otras veces, después de un gran entusiasmo al comienzo, seguimos en GS por costumbre, repitiendo lo que dicen los demás sin implicarnos para nada; otras veces vivimos con un perfecto dualismo entre las reuniones del grupo y la diversión tal como la concibe el mundo. Esta es nuestra traición: huir como hizo Judas. Cantemos *El monólogo de Judas*.²⁴

Il monologo di Giuda

«NO SEA COMO YO QUIERO, SINO COMO TÚ QUIERES»

Sin embargo, Cristo no huyó frente al miedo. Pasó por el trance del abandono, pero no se sintió traicionado como Judas, no bajó de la cruz, no tomó el mismo rumbo que Judas. Entendió que había llegado el momento, que ese era su momento, el momento de entregar su vida. Y miró de frente el miedo y el abandono. Nos ponemos de pie y escuchamos con atención el relato del Santo Evangelio: «Llegan a un huerto, que llaman Getsemaní y dice a sus discípulos: “Sentaos aquí mientras voy a orar”. Se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir espanto y angustia, y les dice: “*Mi alma está triste* hasta la muerte. Quedaos aquí y velad”. Y, adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejase de él aquella

24 «No fue por los treinta denarios, sino por la esperanza que Él había suscitado en mí aquel día. / Yo era un hombre tranquilo, vivía bien por mi cuenta y rendía culto a la casa de Dios. De pronto un día vino este hombre, hablo de paz y amor; decía ser el Mesías, mi Salvador. / Por tierras aradas al sol, por las calles de los pueblos, se arremolinaba la gente con las manos tendidas, pero pasaban los días y su reino no llegaba; yo le había dado todo y él me traicionaba. / Se me hizo de piedra el corazón, y la mirada huidiza, me había traído la angustia y debía morir. Un cuerpo colgado de un árbol, un cuerpo que no era ya el mío; ahora lo veo en los ojos: es el Hijo de Dios» (Claudio Chieffo, «Il monologo di Giuda», *Cancionero de Comunión y Liberación*, Encuentro, Madrid 2004, pp. 345-346).

hora; y decía: “¡Abba!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres”». ²⁵

¿Cómo se comportó Cristo ante este desafío? ¿Por qué no huyó? Con gritos y lágrimas pudo decir: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres». Nos gustaría a todos aprender a no escapar delante de la duda que nos atemoriza como un terror de borrachos, nos gustaría poder estar ante esto como hizo Cristo.

Tengo un compañero de estudios, un africano de Tanzania, que tiene un rostro dulce, tímido, y parece la persona más buena de este mundo; un día llegó un compañero suyo, franciscano como él, y me dijo: «¿Sabes que ese mató a un león?». ¡Mató a un león con sus manos! Entonces yo le pregunté: «¿Cómo pudiste matar a un león?». Y él: «Hace falta entrenar mucho, tienes que aprender a mirar a la cara al león; en ese momento el león tiene más miedo que tú. Si ve que tienes miedo, te mata. Si en cambio lo miras a los ojos y tú no tienes miedo, en cuanto te salta encima, lo golpeas en el cuello con un puñal, que tienes escondido en la mano, y ¡zas!, lo matas». ¡Estupendo! Nosotros podemos matar al león de la duda que nos asalta, chicos. Esta es la buena noticia que quiero daros hoy. Gracias a Jesucristo, podemos superar el miedo, podemos mirar a la cara esa pregunta –¿Y si no fuera verdad lo que he visto y vivido?– y acabar con el miedo, matarlo de una vez. ¿No os gustaría?

El problema es no huir. El problema es aprender a mirar al miedo a la cara. O nuestra amistad sirve para esto, es decir, para aprender a afrontar el miedo, para mirar a la cara a la duda y entrenarnos para agarrarla por el cuello y golpearla, o de lo contrario, ¿de qué nos sirve? ¿Para repetir ciertos discursos cristianos? ¿Para hacer terapias de grupo? Pero para ello hay muchas más opciones. Cuando la amistad se reduce a eso, queda como un envoltorio vacío, sentimental o formal, que no nos vale para vivir. En cambio, nuestra amistad nace de Cristo y por eso es una gran ayuda para mirar a la cara el miedo que nos atenaza y matar al león, para navegar dentro de todas las dificultades de la vida sin naufragar, sin tener que huir ni tener que escondernos detrás de una máscara. Con él podemos mirar todo a la cara. Por eso cantamos *Fábula*.

Favola

²⁵ Mc 14,32-36.

Existe un camino para mirar el miedo a la cara, para agarrar al león por el cuello. Este camino se llama «juzgar», empezar a decir lo que piensas, decirte a ti mismo qué opinas de verdad de las cosas. Pensad en cuál fue la primera vez en que dijisteis algo, o hicisteis algo, no porque os lo decían vuestros padres o vuestros amigos, sino porque lo queríais vosotros; pensad en cuál fue la primera vez en que, yendo en contra de todo el mundo, en contra de la moda, en contra de vuestros mismos amigos, dijisteis: «Yo quiero esto». Puede ser que todavía nunca hayáis vivido un momento así. ¿Por qué? Porque al mundo –«al mundo» significa «a la mentalidad común»– le molesta que exista alguien que es libre y que juzga con su cabeza, alguien que mira el miedo a la cara y dice: «Yo quiero esto». Esta libertad puede molestar porque hace que tú no seas ya esclavo de lo políticamente correcto, te hace ser por fin tú mismo, una persona con fisonomía propia, con una libertad y una capacidad de juicio propias. Aunque todo el mundo dijera que algo es rojo, tú dices: «¡No! Yo lo he visto, es blanco». Esto significa juzgar. ¿Cuándo fue la primera vez en que disteis un juicio personal, verdaderamente vuestro? Muchos se espantan de que vosotros empecéis a juzgar. Muchos prefieren que os conforméis con la mentalidad de todos. No os preocupéis, sabed que las cosas más transgresivas son en realidad total y ocultamente dictadas. ¿Cuándo hicisteis algo que suponía ir en contra de todos sólo porque vosotros reconocíais que era verdadero? Juzgar es el comienzo de la liberación, tanto de tus sentimientos como de las opiniones del mundo.

El primer hombre de la historia que no tuvo miedo de someterse a juicio fue precisamente Jesucristo. Como dice Carrón: «Cristo se somete a la verificación de nuestro corazón: no nos pide que creamos en él “a priori”», ²⁶ al

²⁶ «Nadie puede ocupar nuestro lugar, ni siquiera lo hizo Cristo. [...] Por eso nuestro concepto de fe tiene un nexo inmediato con cada momento del día, con la práctica ordinaria de nuestra vida. [...] Si tú, que estás enamorado de una chica, o si has vivido otras veces la experiencia del enamoramiento, nunca has percibido de qué modo la fe cambia esa relación, si nunca te has sorprendido diciendo: “¡Mira cómo la fe ilumina este intento mío de relación, cómo lo cambia, cómo lo cambia a mejor!”; si nunca has podido decir algo así (en el lugar de la chica podéis poner cualquier cosa: el padre, la madre, el estudio, el trabajo, las circunstancias, etc.), si nunca has podido decir: “Mira qué humana hace mi vida la fe”, si nunca has podido decir esto, la fe nunca llegará a ser convicción, nunca será un factor constructivo, no generará nada, porque no ha tocado el fondo de tu persona» (L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro. 1986-1987*)» (J. Carrón, «Cristo es algo que me está sucediendo ahora», en *Huellas* 2/2012).

igual que hizo con sus apóstoles: no les pidió que le creyeran a priori. Cuando todos se fueron porque no entendían sus palabras acerca de Su cuerpo y de Su sangre que él les entregaría como alimento, en lugar de bajar el listón, les provoca a juzgar: «¿Vosotros también queréis iros?». Les invita a emitir su juicio sobre él: «¿Vosotros también queréis iros?». Debe ser realmente libre alguien que te quiere hasta el punto de desear que tú utilices tu corazón, es decir, tu razón unida al afecto, porque no tiene el problema de ligarte a él, de que repitas lo que él dice, de que le sigas.

Como decíamos ayer por la tarde, Cristo quiere sólo que tú seas libre, por eso te invita a mirar el miedo a la cara, te invita a juzgar, a ver cómo están de verdad las cosas, a comprender qué es lo que verdaderamente necesitas, qué es lo que sirve y lo que no sirve para mirar el miedo a la cara, para afrontar el caos de mi vida y de la tuya. Retomando un canto, dice uno de vosotros:²⁷ ¿cuál es el punto firme en el oleaje del mar? En medio de todo lo que pasa, ¿cuál es el punto esencial que me permite avanzar, sin huir frente a mí mismo? Responder a esta pregunta; comprobar qué hay de verdaderamente bueno, bello y justo para ti, y no porque lo digan los demás; ver qué hay que sea capaz de corresponder a mi corazón, esto es juzgar.

Hace unas semanas, en una asamblea de GS en Milán, puse un ejemplo que he tomado de don Giussani: es como si, en un momento dado del camino de nuestra vida, nos encontráramos con la espalda pesada por llevar una mochila repleta de conocimientos, de *know how*, de cosas que hacer.²⁸ Pensad en vuestros padres y en todo lo que os han enseñado, desde hablar hasta comportaros: «No te metas los dedos en la nariz, en los oídos»; luego: «El día de mañana tendrás que hacerte más rico que yo, tendrás que encontrar un trabajo bien remunerado»; o también: «Estudia, si no seguirás siendo un pobrecito»; o: «Mira, tienes unos talentos, pero si no te empeñas...». En fin, todos aportan algo a tu mochila. Los amigos también: «Pero bueno, ¿no tienes esta camiseta?». Entonces tú te compras esa camiseta. Y así llenas tu mochila de cosas, de conocimientos, de objetivos, de camisetas. ¡Madre santa! ¡Qué peso! De tal manera que, en un momento dado, ¿qué hacen algunos? Se quitan la mochila, y huyen. ¡Pero no! Podemos pararnos, abrir la

mochila –a vuestra edad hay que hacerlo; y si no lo hacéis, lo lamentaréis– y descubrir qué es lo que resulta esencial para avanzar y qué es lo esencial para vivir: esto significa juzgar.

Todas las disquisiciones, las exhortaciones que nos hacen, ¿sirven de algo? ¡No! Ante los problemas de la vida, cuando la vida aprieta, te das cuenta de que no sirven, no resultan útiles. Esto significa juzgar, llegar a decir: «Esto es útil; esto no». Tienes que ir a la playa en Rímmini y metes en la mochila los esquís. ¿Te sirven de algo? ¡No! «Bueno, pero todos mis amigos se llevan a Rímmini los esquís...». Entonces, como un tonto, cargas con los esquís y te vas a la playa. «¡Es que vamos a hacer esquí acuático!». ¿Pero qué dices?! Este es el punto: que nosotros llegamos incluso a convencernos de que está bien así, llegamos a decir: «No sé, si todos se llevan los esquís, será que han cambiado las tornas, será algo nuevo». De manera que cargamos con el peso y nos vamos a la playa. ¡Anda!, tira por la borda peso inútil. Puedes mirar con calma lo que tienes en tu mochila y juzgar qué es lo que te sirve y lo que no.

De no hacerlo, ¿en qué se queda nuestra compañía? Lo describe perfectamente uno de vosotros: un castillo de naipes, de palabras que, cuando asoman los problemas, no sirven para nada, cuando arrecian los problemas el único modo de afrontarlos es ir al psicólogo, o, normalmente, ir a emborracharse el sábado por la noche y desbarrar en la estratosfera. Otro escribe: procuramos tomar una bocanada de oxígeno para volver luego a sumergirnos en la confusión de la vida. ¡No! Tenemos que llegar a entender si lo que nos ha traído Cristo puede servirnos para vivir, en cualquier condición. Y hay que ser honestos a la hora de reconocer que la mayoría de las veces lo que decimos o lo que nos proponemos sólo deja en nosotros «*mancamento e vòto*», en palabras de Leopardi («carencia y vacío», para quien no entiende la expresión del insigne poeta italiano).

«Podemos hacer todo lo que nos dé la gana, pero no podemos evitar esta verificación: ¿cuántas veces en un día hemos experimentado un momento de verdadera libertad, es decir, de plenitud, de satisfacción, en el pequeño ámbito de nuestras decisiones cotidianas, en la adhesión a un bien contingente o a una atracción particular? Lo que prevalece normalmente es una asfixia, el sentirnos fuera de lugar, incómodos, esperando tan sólo la oportunidad de escapar. Muchos huyen en la imaginación para soportar “la carencia y el vacío”. “Sin el reconocimiento del Misterio presente la noche avanza, la confusión avanza y, por tanto –a nivel de libertad– la rebelión avanza, o

27 C. Chieffo, «Canzone dell'ideale» (Parsifal), en *Cancionero*, op. cit., pp. 326-327.

28 Cf. L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Tercera edición, Madrid 2012, Introducción a la edición italiana de 1995, pp. 15-19.

la desilusión colma talmente la medida que es como si ya no esperáramos nada o si viviéramos sin desear nada, excepto la satisfacción furtiva o la respuesta furtiva a un requerimiento de corto alcance”. [...] Sólo la relación reconocida y vivida con Aquel que está a la altura de nuestra necesidad, sólo esta satisfacción nos libra del tormento de los caprichos, de la dictadura de los deseos –que es la reducción del deseo a lo que está a nuestro alcance–, nos da consistencia en cualquier circunstancia, nos hace irreductibles ante cualquier forma de poder»²⁹.

Muchas de las cosas que llenan nuestra mochila no sirven para nada, aunque a menudo pensamos: «Pero si tuviera además eso o aquello, esa chica, esas notas mejores...». Debemos mirar de frente lo que nos pasa: son todas cosas banales. Porque luego llega la chica, llegan las notas, llega la moto, y vemos cuánta gente, teniéndolo todo, sigue infeliz. Cambian las circunstancias, pero esto todavía no basta; nos falta honestidad para decir que no basta.

En cambio, uno de vosotros escribe: «De vuelta de los tres días de vacaciones juntos en Navidades, durante las primeras dos semanas rezando y volviendo a leer los testimonios que había escuchado, logré mantener vivo ese deseo. Pero con el paso del tiempo [aquel “luego” del que hablábamos antes] todo había perdido sabor; entonces me refugié en conseguir buenas notas en los estudios, pero enseguida vi que estaba más triste. Con esta profunda tristeza dentro, me sumergí en la compañía para hallar un rescate y me sentí realmente feliz; sin embargo, nada más levantarme al día después y volver al instituto, me sentía otra vez vacío, notaba una carencia, una conciencia plana; todo se movía a mí alrededor y yo no retenía nada. Caí en la cuenta de que acusaba una carencia, una profunda carencia».

Este amigo nuestro es grande, porque todos vivimos así, pero a diferencia de él nosotros tenemos miedo de confesarlo, con lo cual damos bandazos entre sumergirnos en la compañía o algún intento de rezar, entre las actividades juntos y algunos actos piadosos, pero todo esto no nos basta; entonces, a estas alturas, puede ser que alguien decida fumarse un porro para evadirse, pero tampoco esto basta. La estatura de un hombre reside en decir: «Vale, he hecho un montón de tonterías, pero el resultado es que me siento vacío». Este amigo no ha sido grande por hacer actos «piadosos»; ha sido grande por haber reconocido finalmente que nada le bastaba.

29 J. Carrón, *La bellezza disarmata*, op. cit., pp. 199-200.

Esto significa dar un juicio: reconocer que las cosas no bastan a las infinitas exigencias de tu corazón. Vosotros teméis –yo también lo pienso, me incluyo– que decir: «No basta» sea el fin de la aventura. Y precisamente por este motivo tenemos miedo de admitirlo. «Sí. No. En el fondo puede bastar. De todas maneras, se puede sobrevivir». En cambio, admitir que no nos basta es el comienzo de la aventura. Decir que no nos basta es el primer paso de nuestra liberación. Quitarse la mochila y empezar a mirar qué hay dentro es el comienzo de nuestra liberación. Nosotros, necios, cuando nos preguntan: «¿Te está costando?», contestamos: «¡Qué va!». ¿Pero si lo ve todo el mundo que estás hundido!? Líbrate de la carga, ¡di que eso no te basta para vivir!

Es cierto, muchas cosas acaban, resultan insuficientes, nos dejan vacíos. Entonces, ¿qué es lo que verdaderamente nos corresponde? ¿Qué es lo que está a la altura de esa exigencia de belleza, verdad y justicia, que constituye nuestro corazón? ¿Hay alguien que responde a esa necesidad? Nosotros llegamos a reconocer que solos no podemos responder, que solos no lo logramos, que solos no conseguimos hacer que lo verdadero dure. Sí, estuvimos en la vacaciones de la comunidad, participamos en los Ejercicios, ¿pero luego? ¿Luego? Ya pasó, cada vez se pierde. Miremos de frente el problema: ¿había algo que aguantaba incluso cuando tú te venías abajo? ¿Existe un abrazo que sigue alcanzándote incluso cuando todos te dejan tirado? Justo cuando dices: «Basta, ¡no puedo más!», ¿hay alguien que sigue abrazándote? «Una mano más grande te levantará» cantábamos, «abandónate a ella».³⁰ Cristo, como hombre que era, lo entendió. Cuando todos lo abandonaron, no tuvo miedo de decir: «Mi alma está agitada», tengo miedo, pero hay uno que no me abandona nunca, ni siquiera ahora: mi Padre. Como escribe otro de vosotros: «Es como si yo, con todos mis deseos insatisfechos, tuviera un

30 «No tengas miedo, hijo mío, aunque sea duro el camino que te llevará hasta la meta; abandona el sendero, ve a través de los campos, atraviesa aquel bosque, y no temas, porque hay Alguien contigo. / *Hay Alguien contigo que no te dejará nunca, no tengas miedo, ve a través de los campos...* / Cuando encuentres el lobo, la zorra o el león, no tengas miedo y no te confundas: pertenecen a otro cuento que acaba mal; no podrán tocarte, no te des la vuelta porque hay Alguien contigo... / No te rindas ante la oscuridad que devora las cosas; ahora es de noche, pero el día llegará otra vez. Así, cuando llegues al último puente, con el tiempo a tus espaldas y la vida delante, una mano más grande te levantará; abandónate a ella y no temas porque hay Alguien contigo...» (C. Chieffo, «Favola», en *Cancionero*, op. cit., pp. 330-331).

tope, pudiera llegar sólo hasta un cierto punto, mientras que para ellos [para esos amigos de la comunidad] no hay límite. Tienen experiencia de algo que rompe toda barrera, una vida plena, desbordante, contagiosa». Tú no llegas. A ti no te basta. Tú vienes te vienes abajo. Pero hay Alguien que viene a buscarte y te levanta.

Nos encontramos ante una encrucijada vital. Como escribe don Giussani: «Sólo en un caso ese punto que es el hombre individual y concreto sería libre de todo el mundo, libre hasta el punto de que ni el mundo entero ni todo el universo podría constreñirlo, sólo en un caso esta imagen de hombre libre es explicable: si se supone que ese punto no está constituido sólo por la biología de su madre y de su padre, que posee algo que no deriva de la tradición biológica de sus antecedentes inmediatos, sino que está en *relación directa con el infinito*, en relación directa con *el origen* de todo el flujo del mundo, [...] es decir, con Dios».³¹ O bien volvemos a fiarnos de los que nos ofrecen pequeñas cosas pesadas para meter en nuestra mochila, que nos enseñan a llevar una máscara, y nosotros les seguimos con tal de que no nos dejen solos, o bien nos fiamos de Él, confiamos en aquella Presencia que no nos deja nunca, ni siquiera cuando nosotros la dejamos. San Ambrosio lo explica con estas palabras: o bien somos esclavos de muchos, o bien servidores, hijos, de un solo Señor,³² del único que hemos reconocido, valorado y comprobado que no nos abandona jamás. ¿Hay alguien que no te ha abandonado jamás?, este es el problema de la vida. ¿Hay alguien que nunca te ha traicionado, ni siquiera cuando tú le has traicionado a él? ¿Hay alguien que me puede amar para siempre? Por menos de esto no compensa arrostrar el camino. A lo largo de mi vida, yo quiero llevar conmigo en la mochila sólo la compañía de este «Alguien», y luego irme al fin del mundo.

Entonces, cantamos *Liberación n.2*, porque este canto dice que, incluso cuando reducimos nuestra amistad a política, nuestro sentimiento a instinto, cuando instrumentalizamos las relaciones para nuestro propio provecho, este Tú no nos abandona. No nos deja tirados, sigue a nuestro lado, de manera que podemos cantar: «Tú, sólo Tú, puedes llenar el vacío de mi

mente».³³ Empezamos a desear con toda el alma conocer –con nuestra razón y con nuestro corazón– quién es este Tú que no nos abandona nunca.

Liberazione n.2

Existe una Presencia que llena mi vida, a la que puedo dirigirme de Tú. Lo mismo que le pasó a Pedro que, cuando todos se fueron, le preguntó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Sólo tú [aquel Tú tenía un rostro concreto, el de Jesús] tienes palabras que explican la vida»³⁴. Y también yo, justo en los momentos en los que me creía solo, en los que me sentía incomprendido, dije: «Sólo Tú llenas mi vida, y yo he visto con mis ojos que nunca me has abandonado». También vosotros, cuando os sacudís de encima el peso de todas las caretas que os cuelgan y las juzgáis, os dais cuenta de que existe Alguien que no os abandona jamás. Un amigo nos lo testimonia: «Lo confieso, casi me conmueve ver el tramo de camino que he recorrido, cómo he cambiado desde entonces, cuando intuí que aquí dentro había “algo” que era para mí. Llego al Triduo con el corazón agradecido por todo lo que me ha dado esta amistad, con los ojos llenos de Gracia –¡incluso antes de llegar!– porque el camino de la fe me ha hecho más humano, más yo mismo, y me ha permitido descubrir qué significa vivir sintiéndose amado. Espero descubrir de nuevo qué significa vivir caminando detrás de una Presencia, de un Tú que me habla a través de las circunstancias que me toca vivir, y que paulatinamente he aprendido en estos años a llamar por su nombre: Jesús. Quiero volver a descubrirlo, a entenderlo, a mirarlo, porque lo olvido continuamente e intento vivir de espaldas al acontecimiento que me ha cambiado la vida, persiguiendo el éxito y la aprobación de todos. Pero, si soy sincero conmigo mismo [¿lo veis? Aquí empieza el juicio], es evidente que este Encuentro, con la “e” mayúscula, me está cambiando cada vez más radicalmente la vida. Quiero contar con él, con Jesús, con ese Encuentro

31 L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, Décima edición, p. 132.

32 «Mirad cuántos señores tienen los que no quieren reconocer al único Señor» («Quam multos dominos habet qui unum refugerit!» San Ambrosio, *Epistulae extra collectionem traditae*, 14, 96).

33 «No me basta esta noche un libro, una canción, o el amor de una mujer, ni puede la confusión ocultar el aburrimiento de una vida fracasada. / Pero tú, sólo tú, puedes llenar el vacío de mi mente, abrir el corazón de quien no ama; y después jugar con mis pensamientos, hacerme sentir como recién nacido. / No entregaré mi vida única y, sin embargo, vacía, a la política idiota o a un ideal falso inventado por mí del que soy dueño y esclavo. / Este extraño amor ha nacido como un hijo que nadie esperaba, ¿y por qué ahora queremos ser los dueños de un amor donado?» (C. Chieffo, «Liberazione n. 2», *Cancionero*, op cit., p. 342).

34 Cf. Jn 6,68-69.

que me ha hecho saborear la plenitud verdadera a través de rostros precisos, en determinados lugares, y que me promete que esa plenitud es para siempre. Espero realmente que el Triduo me ayude una vez más a renovar esta relación. Sé que tampoco lo que reciba esta vez bastará, que siempre tendré que redescubrir esta relación y profundizar en ella. En estos meses, no me salen las cuentas en muchas cosas –las preguntas sobre mi vida, sobre lo que de verdad quiero–; además, me pesa la decisión que tendré que tomar en breve [por lo tanto tiene que aclararse en medio de la confusión...], pero me siento seguro [¿por qué?] porque experimento que hay Alguien que no me abandona, Alguien que seguirá amándome aunque me equivoque en la elección, que seguiría amándome aunque yo echara a perder mi vida. ¡No puedo tener miedo! Además, bajo esa mirada, incluso los interrogantes que quedan pendientes se tornan positivos, porque son señal de que estoy vivo, de que estoy viviendo de verdad. Vivir animado por esta conciencia es todo un espectáculo, simplemente un espectáculo. Todo lo que he cambiado en estos cuatro años se lo debo a esta compañía y, pensando en todo lo que he aprendido, se me saltan las lágrimas y sólo puedo decir: gracias».

Aunque echara a perder mi vida, sé con certeza que hay Alguien que seguiría amándome. Entiendo perfectamente lo que dice este amigo nuestro: vivir así es un espectáculo, porque todos los puntos que quedan en suspenso no levantan un muro, no se convierten en motivo de fuga, sino en piedras miliarias para hacer mi camino.

Es lo que entendió Jesucristo, lo que entendió primero, antes que nosotros, para favorecernos a todos. Cuando todos lo traicionaron, él entendió que el Padre nunca lo abandonaría, ¡nunca! Que si él, que era el Rey den los judíos, hubiese desperdiciado su vida con una muerte injusta, con una condena al patíbulo infamante de la cruz, el Padre no le abandonaría. Y de allí sacaría un bien, cumpliría su designio bueno. Por eso pudo decir: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres». Lo que Cristo reconoció diciendo, “no sea como yo quiero, sino como tú quieres”, se llama con un término que escandaliza a muchos y que ya nadie utiliza porque los primeros que se escandalizan de él somos nosotros los adultos, «obediencia». No estamos hablando de la obediencia “forzada” del niño, sino de la obediencia del hombre adulto que emplea toda su razón y su libertad para entender quién es el único al que merece la pena obedecer. Lo contrario de esta obediencia no es la libertad. Lo contrario de esta obediencia es la esclavitud. O bien aceptamos ser esclavos

de las cosas y de los demás, o bien obedecemos con todo el corazón a Aquel que nos libera y no nos abandona nunca. Como dice don Giussani: «En la obediencia afirmas algo que has encontrado, algo más grande que tú, del que te esperas ser salvado, del que esperas aprender una verdad y una capacidad de amar cada vez más grandes».³⁵ Yo sé que siguiéndote a Ti florezco, porque lo he visto. Yo sé que siguiéndote a Ti soy cada vez más libre. Por ello te obedezco, para no quedarme esclavo de todo lo demás. Para penetrar en este momento dramático de la libertad de Cristo, escuchemos *O còr soave*, la primera canción que don Giussani enseñó a los chavales de GS.

O còr soave

«PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU»

«Herido, no por un cuchillo punzante, sino por el aguijón que fabricó el Amor».³⁶ No queda en el centro «el cuchillo punzante», el sacrificio, el dolor; queda en el centro el amor inefable del Padre que acompaña a Cristo en la hora suprema de la entrega, que junto con él quiere nuestra salvación. «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».³⁷ Porque quien está totalmente conquistado por una relación que le hace libre –dice Carrón– llega incluso a lo que humanamente es inconcebible, llega a dar la vida para que el otro viva: «El asombro ante Cristo, que ha tenido piedad de nuestra nada y se ha inclinado hasta hacerse uno de nosotros, es capaz de vencer nuestra confusión e impotencia. El asombro por Él nos embarga de tal manera que nos permite aceptar cualquier sacrificio; e incluso llegar a lo que humanamente es inconcebible: dar la vida para que el otro viva. Exactamente como hizo Jesús con cada uno de nosotros y como una madre cristiana haría por su propio hijo».³⁸

Como hizo Cristo, que entregó su vida, que consumó su sacrificio hasta el extremo para que nosotros viviéramos. Su relación con el Padre era tan

35 L. Giussani, *Es necesario sufrir para que la verdad no cristalice en doctrina, sino que nazca de la carne*, Ejercicios de la Fraternidad, Apuntes de las meditaciones, 28-30 abril 1989, *pro manuscripto*, p. 49.

36 «Oh corazón inefable, corazón de mi Señor, herido gravemente, no por un cuchillo punzante, sino por el aguijón que fabricó el Amor, que fabricó el Amor. / Oh corazón inefable, cuando te veo sufrir tal agonía, mi alma se estremece, callan todas las voces, ni un solo suspiro se oye, ni un suspiro» (Anónimo del siglo XVI, «O còr soave», en *Cancionero*, op. cit., p. 66).

37 Lc 23,46.

38 J. Carrón, «Qué es la caridad. ¿es posible vivirla hoy?», en *Huellas*, 2/2010, p. VIII.

íntima que se mantuvo firme ante la angustia y la apariencia de abandono. «¿De qué sirve la vida si no es para darla?». Y nosotros, ¿a quién ofrecemos nuestra vida? ¿Quién es digno de un ofrecimiento tan valioso? No me refiero sólo a dar la vida en el futuro, cuando tengáis tres, cinco o diez hijos, o ninguno; no me refiero al día en que serás misionero en Oceanía; estoy hablando del presente, de a quién ofreces tu vida de adolescente, tu vida de ahora. ¿A quién ofrecer esta página del libro que te cuesta un montón leer? ¿A quién ofrecer el rostro de mi padre que no me entiende? ¿A quién ofrecer todo lo que de mí no comprendo? Si tengo la certeza de que Tú me quieres, de que sólo quieres mi bien, toda mi vida se torna un diálogo contigo, un ofrecimiento confiado. No hay ninguna circunstancia, ni siquiera la cruz, que no podamos ofrecer a Dios.

¿Qué quiere decir ofrecer? Se me ocurre un ejemplo muy simple. Hay una prima mía muy joven, aunque ya me ha superado en estatura porque es muy alta, es campeona de esgrima; cuando era pequeña jugaba con su pelota en el pasillo de su casa. Aquella pelota era todo para ella y el juego le entusiasmaba. Un día la veo jugar con su pelota, llega su padre y ella, con los ojos iluminados, mira la pelota –yo advertí un instante de duda (la pelota, el papá)– y, ¿qué hace? Toma la pelota y se la entrega a su padre. Esto significa ofrecer. Tú estás seguro de que entregársela a aquel que nunca te abandona es la única forma de vivir plenamente esa circunstancia.

Y así no hay circunstancia, por complicada que sea, que resulte inútil. Más aún: lo que nos admira realmente es que podemos ofrecer todo, cualquier circunstancia, y que ofreciéndola al Padre crezca nuestra experiencia humana de plenitud. Como cuenta una amiga nuestra que acaba de conocer a GS y que escribe a una compañera suya: «Se nota que tú no vives sin Él; si Él no estuviera, te vendrías abajo. De alguna manera, te has confiado del todo... Lo que es admirable... es que tú, al igual que los demás chicos de GS, vives el presente, no haces cálculos sobre el “mañana”; vosotros vivís con gusto ya desde ahora; desde ahora vivís en plenitud». ¡Es lo mejor que podía decirnos! No me interesa –perdonad si os escandalizo un poco– que nos digan simplemente: «Vosotros, los de GS, rezáis mucho, hacéis muchas reuniones, ¡qué majos sois! Vosotros sois coherentes, no os equivocáis nunca, ¡ojalá todos fueran como vosotros!». Lo que me interesa es que nos digan: «Vosotros vivís en plenitud ya desde ahora». Me interesa que un compañero vuestro pregunte: «¿Qué pasa? ¿Por qué tú escuchas también la clase de esa profesora que no

te gusta, que objetivamente no es gran cosa? Sin embargo, tú no tiras la toalla». Porque a ti también te cuesta seguir esa profesora de matemáticas (anda, no sé porque de repente “esta profesora” es de matemáticas, ¡será que soy de letras! Hay profesoras de matemáticas excelentes, si no lo digo, ¡me crujen!). A mí también me cuesta, pero como todo puede ser ofrecido, entonces todo puede cobrar interés, ser una ocasión de diálogo con el Misterio que hace todas las cosas. Esta mañana, durante el desayuno, una persona me contaba que incluso una enfermedad que está paralizando a un amigo nuestro a una velocidad pasmosa y que ya le cuesta respirar, él lo vive como su misión en este mundo. Ante eso, no hay nadie que se quede indiferente: «¿Cómo puede ser que esa persona viva así su momento presente?». Porque vive la realidad, incluso “esa realidad”, como una aliada suya. En el mensaje que os envié con ocasión del Triduo pascual del año pasado, Carrón os decía que podemos vivir la realidad como una aliada nuestra sólo si estamos seguros de Quién está dentro de esa realidad. Por ejemplo, nuestros amigos de Lugo di Romaña nos han contado cómo han vivido la muerte de un compañero. Y los chicos de Bolonia nos han hablado de cómo han afrontado la enfermedad de un amigo. ¡Es impresionante! Iban a verle al hospital, se quedaban allí a estudiar, jugaban a las cartas con él, hablaban con él. ¡Les veían todos en el hospital! También rezaban juntos en el hospital. Uno podría objetar: «Aquí se viene a llorar, ¿qué hacéis aquí vosotros?», y ellos contestarían: «Vivimos el momento presente. Ya sea jugar a las cartas, ya sea acompañar a otro, tenga la forma de la enfermedad o de la cruz, lo vivimos todo con la certeza de que hay Alguien que no nos defrauda, que quiere nuestro bien».

Jesucristo hizo posible todo esto abrazando Su cruz, porque aquella noche Cristo juzgó esa apariencia de abandono y entendió que no debía escapar ni podía escabullirse, porque a través de esa prueba, mediante su obediencia al Padre, abriría el camino para todos nosotros.

Por ello desde ahora en adelante, durante todo el *Via Crucis* de hoy por la tarde, una sola debe ser nuestra preocupación: comprobar si ese amor que Él ha introducido en la historia es capaz de no abandonarnos en ningún momento; tenemos que llevar allí todo el sufrimiento que tenemos, todo el vacío y el abandono que experimentamos, para ver si Él puede responder o si es sólo un cuento bonito de hace dos mil años.

El *Via Crucis* de esta tarde no es una reminiscencia histórica. Tiene un único sentido: ver si aquella cruz me cambia hoy. Si no estáis dispuestos

a comprobarlo, quedaos en el hotel y dejad que quien quiera hacerlo pueda seguir a Cristo en este gesto. Queremos ver si su cruz, su obediencia, puede abrir el camino para mi obediencia, si me permite mirar de frente las fauces de los leones que atacan mi vida y librarme de las cargas que otros me han echado encima o de las caretas que yo mismo me pongo encima. Para hacerlo es necesario hacer silencio. Porque hacer silencio significa dejar espacio a esta cruz que pasa delante de mí y toca mi vida. Por ejemplo, cuando tu madre (la madre entra siempre como ejemplo en la cuestión del silencio) ha fregado el suelo de la cocina y tú ves que todavía está mojado; entras de puntillas bordeando la zona mojada. El silencio es algo así como caminar de puntillas, porque hay Alguien que está entrando en tu vida. Cristo camina delante de ti con su cruz para tomar sobre sí la tuya, y tú te quedas callado mirándole, caminas como de puntillas para no perder nada de lo que Él está haciendo.

Para esto, nos ayuda ser amigos. Buscad a un amigo con quien recorrer el *Vía Crucis*. Pero un amigo entendido como dijimos ayer, que os ayude a estar delante de Él, a permanecer en un silencio total mirándole sólo a Él, porque esto es lo que necesitamos hoy. Solos, no lo conseguimos. Solos no aguantamos y nos distraemos; pero si un amigo nos ayuda es más fácil permanecer pendientes de Él. Nos ponemos de pie y escuchamos la lectura del último pasaje de hoy, tomado del texto teatral *Miguel Mañara*. Y, aunque no hayamos podido seguir todo lo que hemos dicho hoy, creo que nuestro afecto por Cristo ha crecido un poco. Por esto, justo después, escucharemos *Dulcis Christe*.³⁹

«El sudor de la muerte se desliza sobre sus ojos. / Camina bajo la cruz hacia su último día. ¿Y qué nos queda ya por ver aquí, dinos, Hijo del Hombre? / El agua de este lugar es como el ojo del ciego, la piedra de este lugar es como el corazón del Rey, el árbol de este lugar es como un palo de tortura para ti, Amor, hijo del Cielo. / Partió el pan, sirvió el vino. / Esta es la carne, esta es la sangre. / ¡Quien tenga oídos para oír que oiga! / Rezó y se levantó: y sus amados discípulos estaban dormidos bajo el olivo. / Simón, ¿también tú duermes? / Suplicó y se levantó. Mientras, sus discípulos soñaban bajo el olivo. Podéis seguir durmiendo, dice el Hijo del Hombre. Vinieron espadas

39 «Dulce Cristo, oh Dios bueno, mi amor, mi vida, mi salvación, mi gloria. Tú eres el Creador, tú eres el Salvador del mundo. Te deseo, te busco, te adoro. Dulce amor, te adoro, querido Jesús». (M. Grancini, «Dulcis Christe», en *Cancionero*, op. cit., p. 56.)

y linternas: “Maestro”. El hermano besó al hermano en la mejilla. La oreja derecha fue cortada, y enseguida fue sanada: para que el hombre entienda. / El gallo cantó dos veces: no existe ya el amor, todo ha sido olvidado. / El gallo cantó en la soledad de tu corazón, Hijo del Hombre. / La corona está sobre la cabeza, la caña en la mano, el rostro ciego de esputos y sangre. / ¡Salve, Rey de los Judíos! / Se repartieron sus vestidos, y murieron los ladrones. / “Tengo sed”, grita el corazón de la vida. / Pero la esponja fue rechazada, el costado traspasado y todo cumplido. / Ahora sabemos que Él es el Hijo del Dios vivo y que Él está con nosotros hasta el fin del mundo. Amén».⁴⁰

Dulcis Christe

Ángelus

40 O.V. Miłosz, *Miguel Mañara. Mefibóset. Saulo de Tarso*, Encuentro, Madrid 1991, pp. 41-42.

VÍA CRUCIS

25 de marzo, viernes por la tarde

No se trata tanto de seguir un pensamiento cuanto de entrar en un acontecimiento. Es una forma de memoria y, como en toda forma de memoria, su valor estriba en la seriedad con la que el corazón se fija en los contenidos de la memoria misma. Es una meditación que, mediante los gestos y la plegaria, el camino que se recorre, las palabras y los cantos que se escuchan, se aviva, se hace contemporánea y posible para cada uno de nosotros. No nos extrañemos si estamos distraídos durante unos momentos; retomemos la atención nada más darnos cuenta.

Antes de empezar pidamos al Señor que hace todas las cosas, al Padre omnipotente, origen de todo y, por tanto, también de este breve instante de pensamiento, del sentimiento y del deseo que nos invade, la gracia de comprender. Que nos conceda entender cada vez más y que nuestro corazón comprenda cada vez más. Que tu fuerza nos ayude para que no decaigamos, para que la evidencia última no se oscurezca ante nuestros ojos y se oculte la Verdad: es un acontecimiento presente.

JUDAS, PEDRO, PILATOS: NUESTRAS TRAICIONES

Nosotros somos la gloria de Cristo, pero al mismo tiempo somos la causa de su sufrimiento; le causamos sufrimiento porque no somos su gloria. No somos conscientes de que el sentido de nuestra vida cotidiana es la gloria de Cristo.

Pigi Banna. Judas, Pilatos y Pedro. Aquella duda que nos atemoriza y de la que hemos hablado esta mañana desemboca en la traición; esa traición que conocemos muy bien, porque nosotros estamos dispuestos a aceptar a Cristo sólo hasta que no nos pide un sacrificio, sólo mientras quepa en nuestra medida, pero cuando empieza a pedirnos algo –como hoy, por ejemplo, el silencio durante un gesto fatigoso– nos echamos para atrás, le fallamos. Entonces pensamos que es Él quien se equivoca, que es Él quien nos falla, quien no es fuerte lo suficiente para poder con nosotros. Cierta-

¹ Las cursivas de esta sección del *Vía Crucis* están tomados del cuaderno «El abrazo que te salva», *Gioventù Studentesca* - Triduo Pascual 2016.

mente no pensamos que somos nosotros los que somos incapaces de ir tras sus pasos y convertirnos. Pensamos: esta vez es Él quien se equivoca. En esas ocasiones, como Judas, le dejamos y renegamos de Él; a veces, como Pedro, decimos por la mañana: «Yo moriré por ti» y por la noche estamos asustados, desanimados, y decimos: «¡No le conozco!». Otras veces, peor aún, como Pilatos, nos quedamos simplemente indiferentes, pensamos que ya nos conocemos el cuento, que ya hemos entendido como va la cosa. Esta es nuestra forma de renegar de Él.

Y ante todo esto, ¿qué hace Cristo? Mira a Judas y le dice, como en el canto que escucharemos en breve: «*Amicus meus*», amigo mío. La misma mirada con la que le había llamado es la que ahora dirige hacia el hermano que lo ha traicionado. La misma mirada con la que llamó a Pedro le hace mirar a Pedro después de su triple traición. Con esa misma mirada pone en dificultad la hábil política de Pilatos. También a nosotros, con todas nuestras traiciones, dice: «*Amicus meus*», «Tú eres mi amigo, por ti estoy comino de la cruz».

¿Y qué hacemos nosotros? ¿Apartamos la mirada de Él, y caemos en el vórtice oscuro y sin salida de nuestro mal, como Judas?; ¿o nos dejamos llevar por las lógicas del poder, por la simple cercanía de un compañero distraído, y nos sentimos autorizados a pasar de largo, exactamente como Pilatos? O, en cambio, como Pedro, ¿lloramos amargamente porque nos miras, porque Tú eres el amigo de mi vida?

Mientras escuchamos este canto y luego retomando el camino decidimos cuál de estas posturas asumimos, cómo respondemos a esta mirada de Cristo que todavía hoy nos dice: «*Amicus meus*», amigo mío. Repasando las traducciones de los cantos que escuchamos, ciertamente habrá una frase, una palabra que nos llame la atención, que podamos guardar durante este día, una palabra que nos diga de nuevo: «*Amicus meus*».

MARÍA, SIMÓN DE CIRENE, DIMAS: DETRÁS DE LA CRUZ

La mujer de la que Cristo nació es la humanidad que más participó de la piedad sufriente de Cristo. Sigamos a la figura de la Virgen e identifiquémonos con sus sentimientos a lo largo de todo el camino.

Pigi Banna. Lo que más me cuesta durante el *Vía Crucis*, y también durante el camino mismo que es la vida, es seguir, seguir al Hijo del hombre hasta este punto extremo de desolación. También en mis labios se asoma la

misma objeción de los judíos: si él es el Hijo del hombre, si Él es el Rey de la luz, ¿por qué debe rebajarse hasta este punto? ¿No puede bajar de la cruz?

Sin embargo hemos visto personas sencillas que, en lugar de poner estas objeciones, le seguían. María lo seguía desde el comienzo de sus días. Simón de Cirene lo sigue, toma sobre sí su cruz durante un tramo de camino. El buen ladrón lo sigue mientras está clavado en la cruz.

¿Por qué nos cuesta seguirle en su *Vía Crucis*, al igual que en el camino de nuestra vida? Porque implica un «sacrificio». No temo a la hora de utilizar esta palabra. Sacrificio quiere decir renuncia a la imagen que tenías de tu vida, así como María tuvo que renunciar a la imagen que de sí misma tenía como mujer, a la imagen que de sí misma tenía como madre, para seguirle. El buen ladrón tuvo que renunciar a la imagen de un salvador que le bajara de la cruz, para seguirle. Pero si no le siguiéramos... ¿sabéis qué es lo opuesto al sacrificio? Lo opuesto al sacrificio no es nuestro propio placer, sino la tragedia. Lo opuesto al sacrificio es la tragedia de un pecado tuyo, mío, que no puede ser perdonado. En cambio, siguiéndole, aceptando el sacrificio de ir detrás de él, María, Simón de Cirene, el ladrón, vieron la vida eterna que iniciaba en este mundo; María vio una posibilidad de ser mujer, de ser madre, de ser hija de su Hijo, como nunca hubiera imaginado; el ladrón vio la salvación, el Paraíso que se abría delante de él. Fue el primero que entró en el Paraíso.

Si aceptamos el sacrificio de recorrer el camino de la vida con todas sus cruces, de la misma manera que hemos recorrido el camino hasta aquí, si vamos en pos de Él, es porque caminamos con Él y no porque tenemos músculos y fuerzas propias. Si aceptamos ir en pos de Él, experimentaremos el comienzo de una vida que no muere –la vida eterna– ya en esta tierra. No es cuestión de que seamos capaces. Desde la Virgen, mujer pura concebida sin pecado original, hasta el ladrón crucificado por sus delitos, todos, sin exclusión, podemos ir en pos de Él. Todos podemos seguirle. No hay ningún pecado que nos impida hacerlo. Por ello, que la pregunta del canto que escucharemos nos acompañe y nos sostenga en el camino. María nos grita: «¿Lo abandonaréis por otro amor? Cristo va libremente a la muerte, va a morir por ti. ¿Lo dejarás por otro amor?».

ÉL ESTÁ AQUÍ ENTRE NOSOTROS COMO EL DÍA DE SU MUERTE

Para conocer el Misterio hace falta percatarse de lo humano; lo que nos hace familiares con el misterio de la muerte de Cristo es identificarnos con los sentimientos humanos de Cristo tal como los vivió en su martirio.

Pigi Banna. Resuena eternamente aquel grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Ese abandono del que hemos hablado esta mañana Cristo lo cargó sobre sí, lo llevó dentro de su relación con el Padre, lo gritó y lo entregó al Padre. Y desde aquel momento ese grito resuena eternamente, y ya no puede ser repetido en vano.

Lo que más te hace sufrir no es tanto traicionar una ley o trasgredir un mandamiento; lo que más te hace sufrir es ver que tu pecado supone la muerte de una Persona querida. Pero gracias a aquel grito, gracias a aquella muerte ya no existe ningún sufrimiento que quede al margen del abrazo de la relación de Cristo con el Padre, ya no hay ningún sufrimiento de mujer, ni de hombre, ningún grito de un niño que muere injustamente que no quede abrazado por aquel grito de Cristo al Padre. Con su muerte, con su grito al Padre, Cristo no deja que nuestro grito sea desesperado.

Tenía sed. ¿De qué tenía sed? No tenía sed de agua, tenía sed de nuestro grito. Tenía sed de que nosotros por fin pudiéramos dirigirnos a Él con todo nuestro sufrimiento, con toda nuestra tentación de desesperanza; quiere que se lo gritemos a Él, tiene sed de esto porque en Su grito cualquier grito nuestro está abrazado. Por esto no temamos al cantar con la Virgen *Caligaverunt* y gritemos nuestro dolor por la muerte de Cristo.

La gran vocación del hijo de María se realiza como la derrota de un pobre hombre. Cada día de la historia parece confirmarlo, pero la misma permanencia de la cruz de Cristo en los días de la vida del hombre, grita una victoria todavía escondida. Pero no del todo. Su resurrección se anuncia en un signo que revela ya su contenido. El signo de su victoria es una compañía humana generada exclusivamente por la fe en Él. Una compañía realmente engendrada por las entrañas de María. Es posible vivir la vida con Cristo.

Pigi Banna. El Padre ha respondido al grito de Cristo. ¿Cómo? En primer lugar mediante el grito del centurión, no el de uno de sus discípulos, sino

de uno de los que le habían crucificado: «Verdaderamente este era Hijo de Dios» (Mt 27,54). El Padre responde a este grito si al menos uno entre nosotros ha dicho hoy: «Verdaderamente este es el Hijo de Dios». En esto reside la potencia de la Resurrección que ya incubaba bajo la cruz, en el hecho de que todavía hoy por lo menos uno pueda decir, uno de cinco mil durante este *Vía Crucis* haya dicho en su corazón: «Verdaderamente este es el Hijo de Dios». Esta es la potencia de la Resurrección. Cristo es como un artificiero que ha bajado hasta los fundamentos de la tierra, hasta los subterráneos de nuestros límites y allí, cuando ha alcanzado el punto más bajo, lo ha hecho explotar, para hacer salir a flote la vida. ¿Cómo hace esto? Comienza a hacerlo en ti, llevándote a decir: «Verdaderamente este es el Hijo de Dios». Cruza el tiempo, atraviesa el pasado, toca el presente, precede el futuro, y llega a ti y a mí. Por esto sabemos que está vivo. Cantemos: *Entonces sabréis que existo*.

TESTIMONIO DE JOSHUA STANCIL
26 de marzo, sábado por la mañana

Laudes

Pigi Banna. «¡Pero aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré!» (Is 49,15). Tras la jornada de ayer podemos gritar a todo el mundo que hay Uno que ha venido para salvarme de mi soledad, para abrazarme aunque yo le traicione, aunque tenga miedo, para quererme con una preferencia descarada por mí, por cada uno de nosotros. Como dice la frase del Papa que hemos reproducido en el Manifiesto de Pascua de este año: «Cuando se experimenta el abrazo de misericordia, cuando nos dejamos abrazar, cuando nos conmovemos: entonces la vida puede cambiar, pues tratamos de responder a este don inmenso e imprevisto, que a los ojos humanos puede parecer incluso “injusto”, en tanto que sobreabundante». Esta sobreabundancia es la que llena nuestro corazón.

Ángelus

Give me Jesus
Il mio volto

Alberto Bonfanti. Dialogando ayer con Pigi y con algunos amigos profesores y repasando las numerosas, bellísimas, humanísimas preguntas que nos habéis hecho llegar, y también mirando vuestros rostros durante estos días, o repensando en tantos diálogos ocasionales o más continuados que hemos tenido, resulta patente una cosa: todos y cada uno hemos tenido la experiencia de ser comprendidos. Ayer por la noche en una asamblea, un chaval de Roma dijo a Pigi: «Pero ¿cómo puede usted conocer mi necesidad, nuestra necesidad?». Cuántos de vosotros habéis admitido: «¡Lo que ha dicho Pigi es lo que yo experimento!». En mi asamblea decían: «Cuando hablaba de las máscaras que nos ponemos por miedo de ser abandonado o abandonada describía justo lo que a mí me pasa». ¡Cuántos otros ejemplos podríamos poner, podríais poner! En resumen, nos hemos sentidos comprendidos en nuestras necesidades más verdaderas, en nuestro yo. Ésta es la experiencia que hemos tenido. Pero preguntémosnos: ¿quién puede

comprendernos así? Sólo Dios. No un Dios abstracto, sino lo divino encarnado, Jesús. Como en la experiencia de los discípulos de Emaús, cuando Lo han reconocido, volviendo a pensar en el viaje con aquel hombre se dijeron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba?» (Lc 24,32). Nuestro corazón arde. Esto es posible por la experiencia de lo divino en una realidad humana, por la presencia de lo divino entre nosotros, como lo fue para los discípulos de Emaús. Ésta es la experiencia de un abrazo que nos salva, que nos comprende. El Destino, lo Divino, ha hecho renacer, ha despertado, ha exaltado nuestras preguntas. Nos han llegado más de un centenar. Pero en cada asamblea, según nos han contado vuestros responsables, ha habido un diluvio de preguntas. Y ésta es la confirmación de lo que nos decía Carrón en el mensaje inicial: «Del mismo modo, sabemos que sin la presencia de un amigo grande nos rendimos rápidamente frente a las urgencias de la vida». No hemos tenido miedo de mostrar todas las urgencias de la vida – algo no muy común hoy, basta con que miréis alrededor, que miremos alrededor –. Seamos razonables, como siempre nos ha enseñado don Giusani, sometamos nuestra razón a la experiencia que hemos hecho. Porque esto es ser razonable: someter la razón no a nuestros pensamientos, sino a la experiencia que hemos tenido. Miremos a la cara y profundicemos en lo que ya ha sucedido, antes de intelectualizar o reducir a reglas que hacen pesado el camino; profundicemos en lo que, por el contrario, nos ha liberado. Éste es el primer dato indiscutible de estos días, de la experiencia que cada personal que hemos tenido. Preguntáis: «¿Cómo puedo “ver” a Dios?». Un muchacho pregunta: «Al comienzo, todo lo que me proponía en GS era bonito; pero siempre vuelvo a preguntarme: pero, a fin de cuentas, ¿dónde está Jesús? No consigo encontrarlo». Dios está presente porque arde tu corazón, porque mantiene vivas las preguntas que hoy tienes. Hemos experimentado una amistad, como nos recuerda Carrón en su mensaje: «Amigo es uno que ama mi vida, mi cumplimento, mi plenitud. Es ésta la plenitud que quiero, que aguardo secretamente desde que el deseo de felicidad ha comenzado a relampaguear dentro de mí». Sin embargo, alguno piensa que es mejor no tener estas preguntas, esta herida, que sea mejor anestesiarnos: «No estoy en absoluto seguro de si prefiero mirar a la cara la realidad más que llenarla de mil cosas y olvidarme». O bien otro: «¿Por qué tiene que ser ventajoso tener abierta la herida? ¿Pero, es esto posible?». También Carrón nos señalaba esta tentación: «Otras veces nos preguntamos si no sería mejor para

nosotros que no fuese tan apremiante este deseo de felicidad». Pero ¿es posible contener el deseo infinito que somos? Siempre que lo intentamos, nos encontramos más insatisfechos.

Entonces – y es la segunda cosa que quiero deciros –, si queremos ser fieles a la experiencia que hemos tenido en estos días, debemos saber que las respuestas a estos interrogantes no las encontraréis repitiendo mecánicamente las palabras que habéis escuchado; no las encontraréis reduciendo vuestras preguntas a lo que ya está claro o planteando objeciones ante las repuestas que se os ofrecen, a causa de las heridas que tenéis; las encontraréis sólo dentro de un camino personal, leal, humano, que parte del punto en el que estáis, como reconoce lealmente uno de nosotros: «Pigi nos dijo: “¿habéis encontrado a alguien que no os traicione?” Yo no, todavía no. Pigi dice que la respuesta es Jesucristo. Esta propuesta me parece razonable, pero aún no la he hecho mía». Encontraremos las respuestas sólo dentro de un camino humano, que parte del punto en el que uno se encuentra; en la relación con ese lugar humano que nos ha despertado y respetado las preguntas existenciales de cada uno de nosotros; obedeciendo – otra palabra a descubrir – a esa amistad que ha conservado mi yo. Porque, en efecto, la respuesta es ante todo un lugar vivo donde plantear nuestra pregunta, donde iniciar a recorrer un camino juntos, porque allí vemos hombres que viven a la altura de nuestro deseo infinito. Este lugar es la Iglesia. Este lugar es GS, dentro de la Iglesia. No un cajero automático de respuestas rentables, sino un lugar donde caminar para interceptar la respuesta a nuestros interrogantes. Hemos descubierto la presencia entre nosotros de algo divino porque es capaz de despertar nuestras preguntas, pero no sabemos todavía cómo encontrarlo de nuevo, cómo querrá llamarnos de nuevo. En el fondo, ¿qué nos ha llamado la atención de Pigi? El hecho de que él tiene nuestras mismas preguntas y nos ha comunicado su recorrido personal, cómo ha experimentado la respuesta a estas preguntas, cómo esa respuesta hizo arder su corazón, cómo sigue haciendo arder su corazón aún hoy. Nos lo recuerda Carrón: «todos sabemos por experiencia que no es fácil encontrar a quien viva a la altura del propio deseo. Del mismo modo sabemos que sin la presencia de un amigo grande, nos rendimos rápidamente ante las urgencias de la vida. Es en este punto donde se hace evidente el significado de la amistad con Jesús. Sin un amigo como Jesús, que nos acompaña y nos sostiene, sería casi imposible no tirar la toalla».

No queremos cerrar todas las preguntas que están abiertas; queremos que se conviertan en el contenido de nuestro trabajo común de los próximos meses. Entonces – tercer y último subrayado que quiero hacer introduciendo el testimonio de esta mañana –, siempre por fidelidad a la experiencia hecha, no nos contentemos con una simple emoción, con un sentimiento, sino juzguemos, comencemos a juzgar, como dijo Pigi. Muchos han preguntado qué quiere decir juzgar. Para juzgar es necesario tener un criterio. El criterio lo tenemos dentro de nosotros, está grabado originalmente en nuestro corazón, es nuestra experiencia elemental, la que nos hace desear aquello que es verdadero, bello y bueno, feliz. Sólo nosotros podemos reconocer lo que nos corresponde. Nadie más que yo lo puede hacer por mí. Y es cierto que Aquel que ha suscitado nuestras preguntas ha puesto dentro de nosotros un criterio infalible que, si bien utilizado, nos hará alcanzar la respuesta. Todos lo sabemos: muchas cosas nos emocionan, pero sólo una corresponde infaliblemente, es decir, trae consigo una experiencia de verdad, belleza, bondad y justicia, que es para siempre. Esto se da en un camino personal dentro de la compañía que ha sabido despertar nuestro yo y que, por lo tanto, nos dice que estamos en la senda buena para encontrar la respuesta. Estoy hablando de GS, una compañía para que yo recorra mi camino personal rodeado de amigos, una compañía de la que fiarse para ir hasta el fondo de nuestras preguntas.

Fue Jesucristo quien despertó en todo su alcance las preguntas del corazón humano y, sólo en su compañía, se mantienen vivas. No sabemos de qué modo Él responderá a cada uno de nosotros, pero sabemos que responderá. Porque fue el único que ya respondió a la vida de muchos hombres. El cómo está totalmente por descubrir.

Únicamente debemos estar atentos a evitar dos posibles errores: esperar pasivamente que otros nos den la respuesta o dársela nosotros a ellos con nuestros razonamientos o nuestra imaginación. Por el contrario, la respuesta la descubriremos en un camino dentro del lugar que nos ha suscitado la pregunta, porque, así como la pregunta nos ha sido suscitada por Otro, también la respuesta está en otro distinto de nosotros, no la podemos encasillar nunca. Como la pregunta es la solicitud de una relación, así la respuesta es la experiencia de una relación, de un abrazo que nos salva. Lo que nos conforta – y lo vemos en la vida cotidiana, lo hemos visto en estos días – es tener testigos que nos indiquen el camino. Como lo ha sido Pigi en este Triduo, como

tantos entre nosotros lo son para cada uno de nosotros y como lo es nuestro amigo Joshua, que ha venido expresamente de América para contarnos el camino que ha hecho, cómo ha reconocido en su vida lo que es bello, lo que es verdadero, lo que es justo para testimoniarnos – por usar la acertada imagen de Pigi – cómo ha combatido con el león, derrotándolo.

Joshua Stancil (*Intervención en inglés traducida simultáneamente*). Estoy un tanto trastornado al miraros a todos vosotros. Cuando hace meses me pidieron venir aquí, pensé que debía hablar ante unos cincuenta de vosotros en los bajos de una iglesia; no pensaba que fuese tan grande este auditorio, pero estoy muy contento de estar aquí y también conmovido. Me han propuesto que hable sobre la misericordia y sobre la Resurrección y para hacerlo quiero ofreceros ejemplos concretos de mi vida. He pasado dieciocho años en prisión en Carolina del Norte, un estado al sur de los EEUU. En prisión uno intenta hacer lo mejor posible, pero también negar la realidad con mentiras; una de las mentiras que me decía era: «¿Qué haré en todos estos años en prisión?». Cuando fui condenado se cambió la ley, mi pena podía ser reducida y podría volver a casa. Pero pasados seis años me di cuenta que esto no era posible y que, por tanto, permanecería en prisión durante dieciocho años. En Carolina del Norte no se permanece fijo en una prisión, te mandan de una prisión a otra porque se preocupan por las relaciones que se crean entre los detenidos, relaciones afectivas, tráfico de armas y otras. He estado recluido en una prisión muy severa, muy violenta. Era un ambiente corrosivo para mi espíritu, que se llevaba por delante un pedazo de mí cada día, me martilleaba dentro. El verano del 2002, pensé incluso en el suicidio, pero la realidad es testaruda y vence siempre. Me dije un montón de mentiras, pero la realidad es testaruda, la realidad vence. Lo único que me hizo ir hacia delante en los meses sucesivos fueron los escritos de don Giussani; de hecho, recibí en la cárcel una revista, se llama *Magnificat* y es un misal diario que contiene pequeñas meditaciones cotidianas escritas por santos u otras personalidades de la Iglesia. No me resistí a escribir al director, un padre dominico de nombre Peter Cameron, preguntándole si podía adquirir todos los meses la revista. Él me respondió: «No te preocupes, te la mando yo gratuitamente». Entre otras, *Magnificat* proporcionaba también meditaciones de don Giussani. Antes de ese momento, no había oído hablar de él; por otra parte, la revista no decía mucho,

simplemente bajo el texto decía la frase: «Don Giussani es el fundador de Comunión y Liberación». Confieso que no me interesaba mucho saber qué era el movimiento del que era fundador. En aquel tiempo me sentía muy viril, independiente, pero quería saber más de este don Giussani y entonces escribí a varias organizaciones católicas americanas buscando enterarme. Cuando estás en prisión y escribes a las personas, nueve de cada diez veces, no te responden porque piensan que tú estás sin dinero o buscas liarles. Las únicas personas que me respondieron me dijeron: «Nosotros no sabemos nada de Comunión y Liberación». Así que me olvidé completamente, lo cancelé de la mente. Como he dicho, en julio del 2002 pensaba en el suicidio y buscaba lugares apartados en la prisión donde poderme matar porque las prisiones son muy abiertas. Poniendo en orden mis cosas encontré una meditación de Maximiliano Kolbe, se estaba acercando la fiesta de la Asunción. Entonces me dije: «Vale, digo esta oración». Así, el 15 de agosto de 2002, hice el acto de consagración a María. No se produjo ningún alivio en mí, nada de particular, el mío era sólo un acto de completa desesperación. Lo hice y, después, me olvidé completamente. Un mes después recibí una carta de una organización que había encontrado información sobre don Giussani y el Movimiento. Me enviaron tres nombres: John, Rick, Barry y sus direcciones de correo electrónico. En prisión en América no se tiene acceso a Internet, por lo que éstas direcciones e-mail no me sirvieron de nada; después pensé: «escribo una pequeña carta, la envío a mi madre y le pido si puede enviarla por vía electrónica». Y así lo hice. Tomé un nombre al azar, Rick, y le escribí una brevísima carta. La envié a mi madre, pero luego me olvidé, no pensé más en ello. Intentad no malinterpretarme, yo quiero a mi madre, pero ella tiene la tendencia a decir «Sí» entusiásticamente a todo pero luego se olvida. Sólo después descubrí que ella realmente había enviado el mail. Mi madre no es católica, por lo que las cosas que había escrito no tenían sentido para ella. En cualquier caso, mandó el e-mail el 7 de Octubre, fiesta del Rosario, pero yo no sabía que lo había hecho. Rick recibió el e-mail, contactó con Elisabetta, que pertenece a los *Memores Domini*, y juntos confeccionaron un pequeño paquete para mí con algunos números de *Tracce*, algún libro de don Giussani y desafortunadamente incluyeron en el paquete unos CD de música. En las prisiones de Carolina del Norte tú no puedes tener CDs de música, por lo que el paquete fue devuelto al remitente. Yo no sabía nada de todo esto. Después, un día, recibí una carta de un

italiano de nombre Giorgio Vittadini. Si tú estás en una prisión de Carolina del Norte, no sucede todos los días que recibas una carta de Italia. No tenía la menor idea de por qué esta persona me estaba escribiendo. Me resultó muy simpático, pero no entendía por qué me había escrito y no quería responderle porque no tenía nada que decirle. Además, mi actitud, como dije antes, era la de ser viril, independiente, por lo que no quería ningún tipo de relación con nadie. Desafortunadamente o afortunadamente, soy de Carolina del Sur, donde nos educan a ser muy educados, correctos, así que debí inventarme algo que escribirle. Una noche estaba viendo la televisión y vi en el noticiario que el Vesubio esta en erupción. Pensé: «¡Ah, ya tengo algo que escribir!». Creedme, empeorando la situación y haciendo gala de la típica ignorancia geográfica de los americanos, le escribí a Giorgio: «por favor, ¡ten cuidado!».

Tras algunas semanas, inesperadamente fui transferido a otra prisión en Carolina del Sur, mucho mejor que aquella en la que me encontraba y recibí una carta de aquella Elisabetta que me había enviado el paquete que nunca recibí, y así me explicó todo lo sucedido. En la carta me decía también: «¿Te molestaría si, una amiga mía y yo, fuésemos a verte a la prisión?». Quería decir que no porque, como he dicho, era independiente y no quería tener ninguna relación, sino simplemente recibir un libro de don Giussani. Pero nosotros los del sur somos verdaderamente correctos, educados y así le dije que sí. El 29 de diciembre de 2002, Elisabetta y Tobías vinieron a verme a la prisión. No sabía por qué habían venido. Fue una visita bellísima, como nunca había tenido otra y cuando se fueron me dije: «ha sido bellísimo» pero ciertamente no pensaba que volvería a verles. Pero volvieron pocos meses después. Y todos los meses alguno nuevo venía a visitarme, de Washington D.C. y de Nueva York. Tened presente que Carolina del Sur está varios estados más al sur por lo que tenían que conducir mucho. Así que quise descubrir cuál era la trampa, qué había detrás. Pensaba que quisiesen “mi primer hijo varón”, dinero, no sé, buscaba entender. No sabía qué estaba sucediendo. Hasta que, cerca de un año después, vinieron a visitarme Rick y su mujer Chiara, que es italiana. Ella estaba embarazada en aquella época de bastantes meses. Me sorprendieron preguntándome si quería ser el padrino del hijo o hija que esperaban. Recuerdo que les miré preguntándoles: «¿Sois conscientes de que estoy en prisión?! Esta no es forma de conquistar la simpatía de los demás, pensarían que estáis locos

al hacer ciertas propuestas». Pero en vista de que el primer libro que había leído de don Giussani era *Por qué la Iglesia* (en aquel tiempo era el texto de Escuela de Comunidad), si recordáis, al comienzo del libro, don Giussani describe los tres métodos para verificar la pretensión de la Iglesia: el método racionalista, el método protestante y el ortodoxo-católico. Del método protestante él dice que es una iluminación interior, un sentimiento interior te invade internamente, pero el problema es que nuestras emociones van y vienen. Si mi certeza sobre la Iglesia, sobre la misericordia, sobre Cristo estuviese basada en una emoción, ¿qué hago cuando las emociones se van? Pero cuando uno está en prisión, con una sentencia de dieciocho años y una pareja de esposos te pide que seas el padrino de su hijo, ¿esto es algo concreto, no una emoción! En ese momento entiendes que la misericordia se ha encarnado, está ante ti y te mira. Algunos meses después recibí otra carta de Italia. Está en italiano, pero es muy corta, os la leo: «Querido hermano mío o mejor, hermano Joshua, te estamos muy agradecidos por el testimonio que estás dando de tu experiencia, de tu experiencia de nuestra fe [y subrayaba las palabras “nuestra fe”] espero abrazarte antes del final de nuestro viaje terrenal». Firmado: don Luigi Giussani. Me escribió esta carta cerca de dos años antes de morir. Quedé profundamente conmovido porque se puede ver por la escritura muy temblorosa que estaba, en aquel momento, muy enfermo, pero él había sacado tiempo de su jornada para escribirme a mí que estaba en prisión. Y ha subrayado la expresión «nuestra fe». Me sorprendió que él se identificase en cierto modo conmigo. Cuando estás en prisión no tienes la menor experiencia de esto, porque ninguno quiere identificarse contigo, nadie quiere tener nada en común contigo. Y cuando don Giussani me escribió: «Espero abrazarte en esta vida» pienso que sabía bien que no iba a ser capaz de abrazarme y que este abrazo quedaría sólo en la carta.

Y así viendo que él era italiano y anciano y yo era americano y joven, que yo estaba en prisión y el libre, pero estábamos haciendo experiencia de lo mismo, he comenzado a entender la idea de misericordia, o mejor, el hecho de la misericordia que me llevaba a entender la fe. No sé en Italia, pero en América el papa Francisco es una figura controvertida. Circulan muchas críticas sobre el papa Francisco y algunas de ellas se han extendido a este Año Santo de la Misericordia. Una de las críticas que he oído es que el Papa habla mucho de la misericordia y muy poco de la penitencia. No me

parece que sea una crítica fundada porque en realidad, él habla también de la penitencia. Pero lo más importante es otra cosa: si la misericordia que yo he recibido fuera proporcional a la cantidad de mi penitencia, de mi arrepentimiento, no sería ya misericordia; si la debo ganar, es simplemente un premio, una conquista, no es misericordia. La misericordia es algo que no se merece. Cuando la mujer adúltera es llevada ante Jesús, una de las cosas para mí más impresionantes de esa historia es el hecho de que Jesús no utiliza nunca la palabra adúltera o adulterio, no aplica ningún apelativo, no le tira arena a los ojos, porque sabe que aquello de lo que tiene necesidad no es de ser humillada, sino que de lo que tiene necesidad es de un nuevo inicio. Es esto lo que Él le da. El Año de la Misericordia representa la misma oportunidad para nosotros. Rick, este amigo mío, y su mujer Chiara no me preguntaron si me había arrepentido antes de ofrecerme ser padrino de su hija: don Giussani no me preguntó si me había arrepentido antes de escribirme la carta; ninguno de vosotros me ha preguntado si me había arrepentido antes de venir aquí hoy, y, de este modo, cada uno de vosotros me ha hecho ver la misericordia. La misericordia es, a veces, una cosa difícil de recibir, por ejemplo, para mí, ante todo porque me obliga a reconocer que he cometido un error, pero también porque me obliga a reconocer que soy dependiente. Y muchas veces esto no nos gusta. De cualquier modo, lo maravilloso de la dependencia es ver que no estamos solos. Si, por definición, dependo, significa que no estoy nunca solo.

Vine a Italia en diciembre. He encontrado personas maravillosas y a alguno de vosotros ya os he conocido. Algunos planteaban objeciones que he oído, repetidamente, del tipo: «Todo esto parece maravilloso, pero yo no soy una buena persona, una persona capaz». En particular, una mujer me ha dicho: «Jesús no tiene ninguna necesidad de ser misericordioso conmigo hoy, porque mañana erraré de nuevo. Soy como un volcán que continúa en erupción, equivocándome». Le he respondido: «Si, pero el volcán nos da las Hawái, las isla Hawái, en medio de todo el caos, del fuego, ha surgido uno de los lugares más bonitos de la tierra». De la misma manera, con Cristo no hay objeciones, todo puede ser usado. Él no dijo nunca a los que le seguían, a los discípulos: «Primero ve a arreglar todos tus problemas y después sígueme». En diciembre fui a Roma y he tenido la gran alegría de ver el cuadro de Caravaggio sobre la vocación de Mateo. Si conocéis el cuadro, Jesús señala a Mateo, llamándolo mientras estaba contando el dinero

porque él era un recaudador de impuestos. El asunto es que aun cuando nosotros no miramos a Jesús, Él nos mira. El amor y la misericordia siempre vienen antes. Nosotros no hacemos primero penitencia y luego vamos al sacerdote para la absolución, es al revés.

El 4 de enero volví a los Estados Unidos; en el aeropuerto había problemas de seguridad, en el embarque de pasajeros era muy complicado pasar los controles y yo era el último de la fila. El asiento que tenía asignado era totalmente al fondo, el 43G, el avión estaba abarrotado y yo no estaba muy contento con todo ello. Mi asiento estaba justo delante del baño y me dije: «¡así ni siquiera podré dormir en todo el viaje!». Mientras me acercaba a mi asiento, que daba al pasillo, había una señora en el asiento del medio y su abrigo estaba sobre mi asiento. Era una señora guapa, pensé que fuese italiana porque todos en el avión eran italianos excepto yo. Mi italiano es terrible, por eso no intenté, siquiera, dirigirle la palabra. Como dije a los amigos en diciembre, yo sólo conozco tres palabras en italiano: Hola, buenos días y berenjenas. Así que miré a la señora, le señalé el abrigo, me señalé a mí y sonreí. Ella cogió su abrigo diciéndome en inglés, pero con acento italiano: «quizás tengas problemas para encontrar sitio para tu maleta, es mejor que hables con una azafata». Le dije: «muy bien, gracias». Hablé con la azafata, encontré sitio para mi maleta, volví a mi asiento y mientras volvía atrás esta señora no dejaba de mirarme; entonces pensé: «Vaya, un poco extraña». Me senté y me dijo: «Tú eres Joshua»; mi mente comenzó a pensar: quizás ha estado en alguno de los encuentros en los que he participado. Y, como si me estuviese leyendo la mente, me dijo: «No, no he estado en ninguno de tus encuentros, pero tengo una carta que me escribiste hace muchos años». Pensé: «¿Cómo puede haber recibido una carta mía?». Y ella: «He vivido algún tiempo en Nueva York» y sólo entonces recordé quién era. Nosotros habíamos intercambiado una carta y poco después ella había vuelto a Italia. Era una carta del 2003, cuando yo estaba aún en prisión. Esta persona no debía ni siquiera estar en ese vuelo, su vuelo era el día antes, pero en vista de que había problemas había sido desviada a mi vuelo, al asiento vecino al mío. ¡La voz femenina que estáis escuchando es ciertamente la suya! (*Aplausos*) Su nombre es Lorna. El mundo es realmente pequeño. Verdaderamente somos una sola cosa. Y la Resurrección sucede, verdaderamente, en este momento. Muchísimas gracias por haberme invitado a estar con vosotros.

Pigi Banna. Gracias, Joshua porque, como decías, con Cristo no hay objeciones y el mundo se hace pequeño. Cristo hace de todo para juntarnos a ti y a mí, para encontrarse a Magdalena el día de Pascua, una mujer desconocida, para hacerla sentirse más ella misma, más Magdalena, como dice Carrón: «¡María!» Cómo vibraría la humanidad de Jesús para poder decir su nombre con un tono, con un acento, con una intensidad, con una familiaridad tal que la Magdalena lo reconoció inmediatamente, cuando un instante antes Lo había confundido con el jardinero. [...] La ternura del Misterio llega a aquella mujer a través de toda la humanidad de Jesús resucitado vibrante por el hecho de que ella exista: “¡María!” ¿Qué es el cristianismo sino esa presencia toda vibrante por el destino de una mujer desconocida que le hace entender lo que Él ha traído, lo que Él es para la vida? [...] es esta comunicación de ser, de “ser más”, “más María” que desvela a aquella mujer quién es Jesús. No es una teoría o un discurso o una explicación, sino un acontecimiento que ha sorprendido a todos aquellos que han entrado, de un modo u otro, en relación con Él y que los Evangelios, en su simplicidad desarmante, comunican del modo más ingenuo, más limpio que pueda ser, subrayando simplemente cómo Jesús pronunció sus nombre: “María”, “Zaqueo”, “Mateo”».

Cristo derriba la barrera que separa a un hombre inmovilizado por la enfermedad en Italia, anciano, de un joven inmovilizado por la prisión en América; derriba las barreras de nuestra cultura, derriba las barreras de los traslados de prisión, derriba las barreras de nuestra pereza, traspasa las barreras del tiempo para alcanzarte. Él no te pide permiso para resucitar. Y sólo en un cierto momento percibimos que nos ha alcanzado. Y cuando lo percibimos, nos damos cuenta de todo el esfuerzo que Cristo ha hecho para alcanzarnos, como quizás, a veces, sólo cuando tengamos sesenta, setenta años, nos daremos cuenta de todo el esfuerzo que ha hecho nuestra madre para traernos al mundo. ¿Cómo puede uno hablar a seis mil personas, de las que quería aprender todos los nombres, cuando, al máximo, memorizamos treinta? ¿Cómo hace un hombre de otro continente para llegar a nuestro corazón en este momento? No nos ha pedido permiso, derriba las barreras. No nos pide condiciones previas, una penitencia, derriba las barreras del tiempo y del espacio. Derriba sobre todo las barreras de mi límite. En el centro, como decía Albertino, no está el hecho de que hayamos entendido todo en estos días, sino que Él nos haya alcanzado. Y este ser alcanzados tiene un nombre: misericordia.

Misericordia quiere decir todo el camino que el Misterio es capaz de hacer, que Cristo es capaz de hacer con tal de alcanzarte. Este camino pasa por la muerte, pasa por el tiempo, pasa por mi pecado. No se escandaliza, no se detiene. Hasta que tú no dices: «¿Qué es esto que me hace sentirme más yo mismo? ¿Qué es esto que me hace resucitar? Yo soy limitado, él es limitado, estamos llenos de límites, no obstante, pasa algo ¿Qué es?» Esto es la Resurrección. Por esto hacemos resonar el nombre de Aquel que, de algún modo, nos ha alcanzado en estos días. Hagamos resonar nuestro grito de alegría cantando *Cristo resucitó*.

Cristo resucitó

Con Cristo no se tienen más objeciones. Lo repetimos y os damos las gracias, os doy las gracias yo ante todo personalmente por cómo en estos días habéis estado atentos, disponibles a lo que sucedía, porque no habéis puesto barreras a este acontecimiento increíble que sucedía entre nosotros. Os quiero desear dos cosas para concluir.

Primero, que vuestro corazón arda cada vez más, que no se apacigüe, sino que grite a todo el mundo estas preguntas que tenéis. ¡No os contentéis! Como hemos escrito en el telegrama al papa Francisco citándole a él mismo, porque este papa es espectacular: «Hagamos bronca». Queremos hacer bronca, queremos gritar al mundo que nosotros somos pregunta. Porque cuanto más encuentra uno a Cristo, más bronca hace, más se enciende su corazón, más se apasiona por todo, más llega a caminar incluso en la prisión, a amar la vida incluso en la prisión; llega a amar una hora de matemáticas, con todo el respeto para las profesoras de matemáticas. Porque con Cristo, si el corazón se agita, todo puede resultar apasionante.

El segundo deseo que os hago es el de ser como Cristo en este día, en este Sábado Santo. Para la tradición oriental, Cristo el sábado aún no ha resucitado en la tierra, ha resucitado en el infierno: va, desciende a los infiernos, a los subterráneos del mundo y va a abrir todas las tumbas, de Adán, de Eva, de los patriarcas, de todos aquellos que estaban allí momificados y a todos les dice: «¡Despertaos!». ¿Y vosotros? Después de estos días, volveréis con vuestros padres, algunos de los cuales no saben qué es la Pascua, volveréis a ver a vuestros compañeros que se han divertido del modo ordinario que entusiasma por poco tiempo, y podréis decirles: «¡Despertad! ¡Salid de la tumba!», porque podemos gritar una pregunta. Nuestro estar en la escuela,

nuestro estar en casa, cambia, no es que les abandonemos porque hemos encontrado GS, como diciendo: si te he visto no me acuerdo. ¡No! Se puede estar con ellos como Cristo en medio de los infiernos, y salir, como dice el papa Francisco. Y no un salir sólo para decir: «Te doy el manifiesto, te lo ruego, ven a los Ejercicios. ¿No vienes? Entonces ya no eres ya mi amigo». Esto sería de tontos, de activistas. Pero uno que se ha despertado, va a despertar a los demás. Después, quizás sólo dentro de diez años, te preguntarán: «Oh, ¿pero qué es aquello de lo que me habías hablado? ¿El círculo? ¿El radio? ¿Que era aquello? No importa, el problema es despertarles, como hemos hecho nosotros en estos días, invitarles a hacer un camino humano, a salir del sepulcro, llevar una ráfaga de aire fresco a vuestra clase, a vuestra escuela. Éste es el primer signo, el más grande signo de Cristo resucitado. Porque si tenemos una pregunta, no debemos apaciguarla, debemos, por el contrario, gritarla para encontrar la respuesta. Y si hemos empezado a encontrar algo, no podemos encerrarlo en esta carpa, debemos llevarlo a todo el mundo. ¡Buena Pascua!

Alberto Bonfanti. Os leo el telegrama que hemos enviado al papa Francisco. «Santidad, cinco mil estudiantes de Comunión y Liberación junto con sus profesores han participado del 24 al 26 de Marzo en Rimini al Triduo Pascual predicado por don Pierluigi Banna. «El abrazo que te salva» ha sido el tema de este Triduo. Nos ha acompañado la certeza, como usted ha dicho en la audiencia general del miércoles, de que el amor de Dios no tiene límites, es un amor que va hasta el final, sin final. El misterio es una gran historia de amor que no conoce obstáculos. Esto sucede hoy como sucedió a los apóstoles. El amor de Cristo nos alcanza, toma en serio todas las preguntas de nuestro corazón y las hace emerger en un abrazo que devuelve la vida en cualquier parte. Con Jesús junto a nosotros nuestra vida es diferente, más plena. El inicio del cumplimiento, del deseo de felicidad que vemos florecer en nosotros, es nuestra alegría y es la esperanza que llevamos a todos dentro de la escuela haciendo lío, haciendo follón, como nos dijo una vez, a través de la simplicidad del testimonio que en usted brilla de modo apasionante y conmovedor. Mientras tanto, suplicamos su especial bendición y le aseguramos nuestra oración. Felicidades Santidad. Alberto Bonfanti y Pierluigi Banna».

Regina Coeli